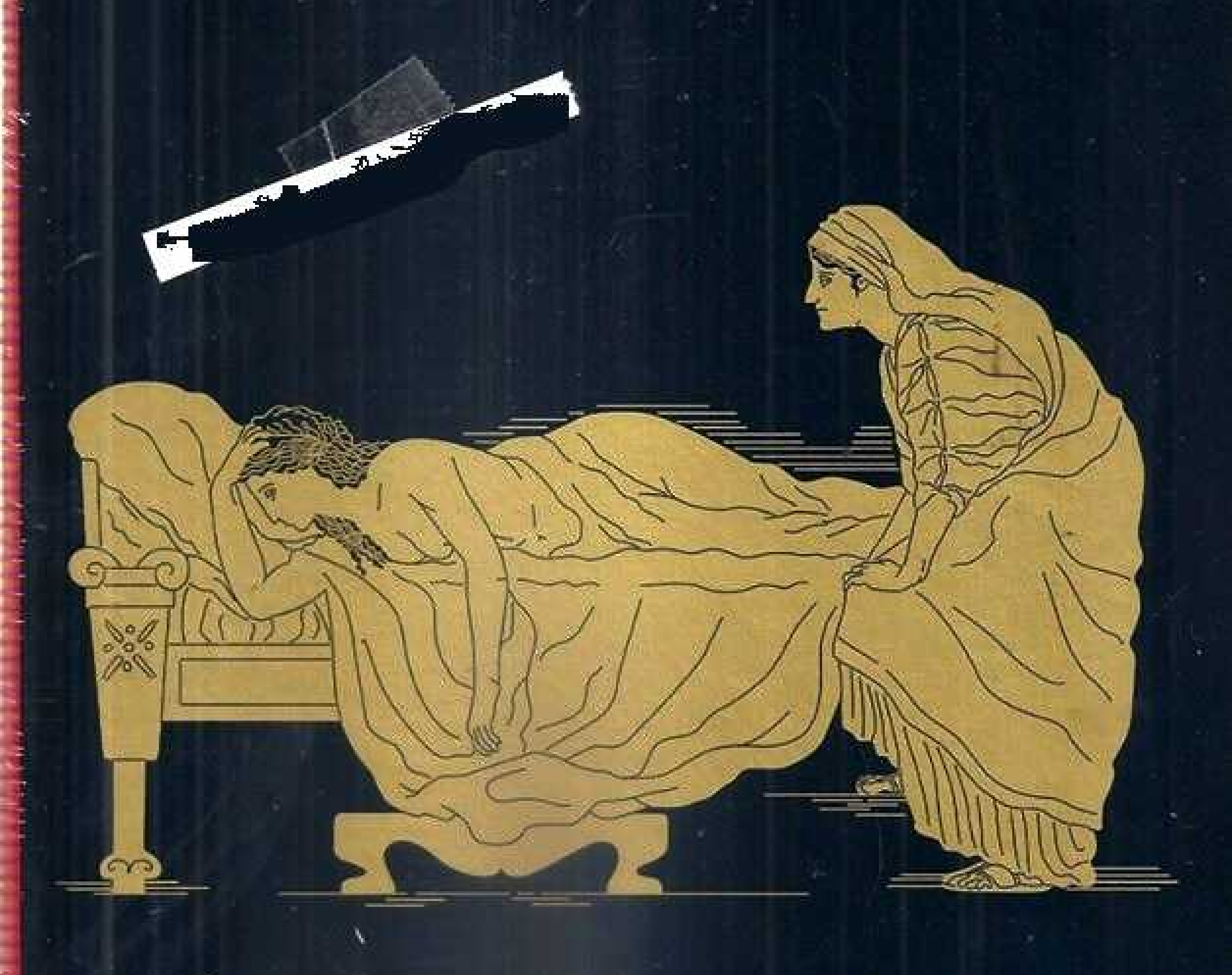
FEDRA

Y EL PESO DE LA CULPA

[redacted]



GREDOS

FEDRA

Y EL PESO DE LA CULPA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA; Album
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9096-0
Depósito legal: B 22227-2017

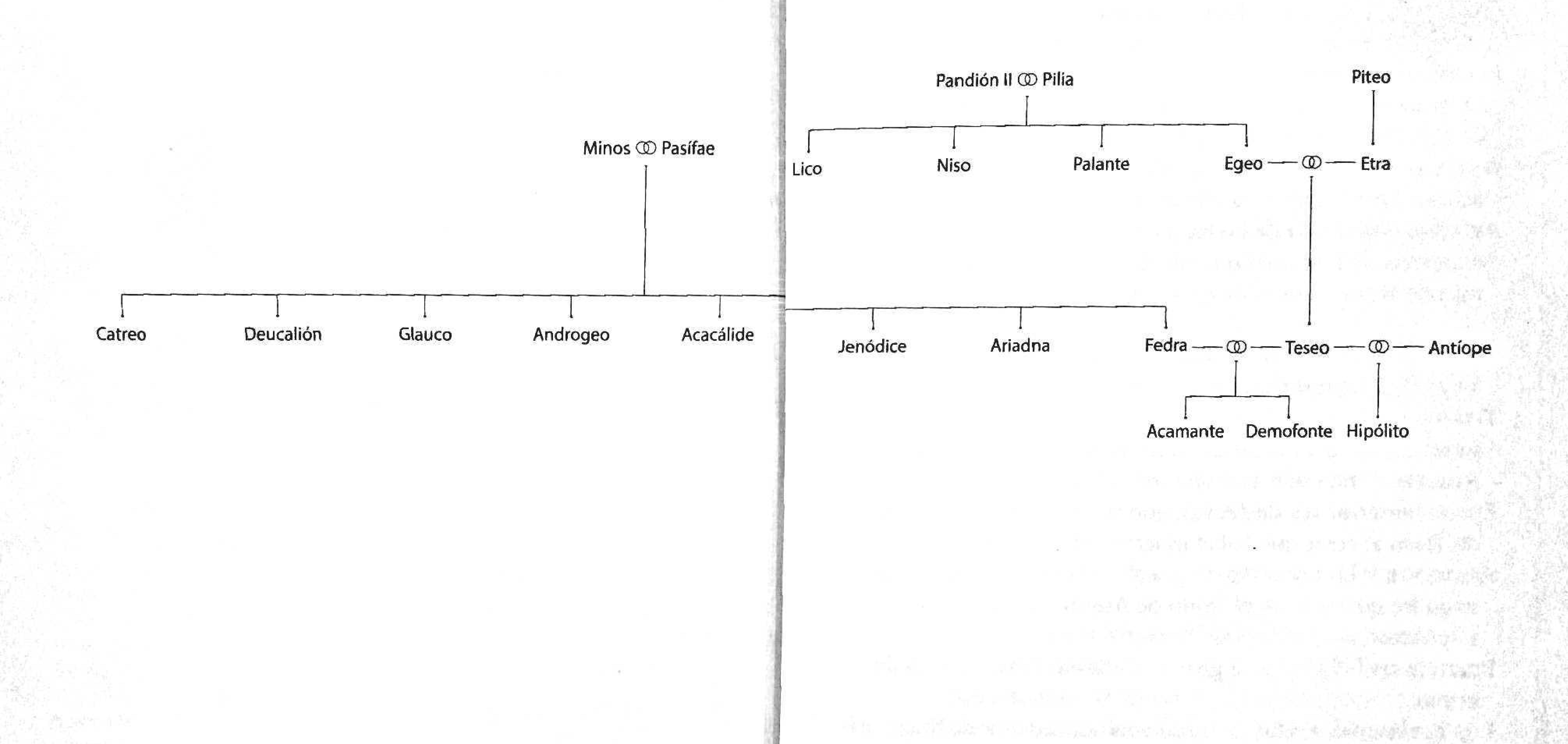
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No, te lo suplico, no sigas adelante. El amor ha labrado profundamente la tierra de mi alma y, si con tus palabras adornas la infamia, caeré para mi ruina en el mal que ahora trato de evitar.

Fedra, Eurípides

Genealogía de Fedra



Dramatis personae

Los cretenses

Fedra – segunda esposa de Teseo ofrecida por su hermano Deucalión para hacer la paz entre ambos reinos, hermana de Ariadna e hija de Minos de Creta.
Antía – vieja nodriza cretense que crió a Fedra y la acompañó a Atenas para cuidar de sus hijos con Teseo.
Ariadna – hermana de Fedra, a quien Teseo abandonó por exigencia de Dioniso en la isla de Naxos a su regreso de dar muerte al Minotauro.

Los atenienses

Teseo – maduro rey de Atenas y unificador del Ática, quien en su juventud venció al Minotauro en Creta con la ayuda de Ariadna.
Egeo – anterior rey de Atenas, que se suicidó por un descuido de Teseo al creer que había muerto ante el Minotauro.
Acamante y Demofonte – hijos de Fedra y Teseo, a quienes su padre quiere dejar el trono de Atenas en lugar de a Hipólito.
Polipetes – fiel jefe de la guardia de Teseo y compañero de armas.
Los eupátridas – «los bien nacidos», ciudadanos de linaje más noble de la ciudad, que ostentan derechos exclusivos.

Los trecenios

Piteo – anciano monarca de Trecén, abuelo de Teseo, a cargo de quien quedó Hipólito.
Hipólito – casto hijo de Teseo y Antíope, alejado de Atenas a la muerte de su madre y seguidor de Ártemis.

Héroes y villanos

Palante – tío de Teseo, padre de cincuenta hijos, pretende el trono de Atenas desde la muerte de Egeo.
Antíope – princesa de las amazonas.
Hipólita – reina de las amazonas, en recuerdo de la cual Antíope dio nombre a su hijo con Teseo.

Los inmortales

Ártemis – diosa virgen de la caza y de la naturaleza.
Afrodita – diosa del amor carnal y la belleza física, hija adoptiva de Zeus.
Poseidón – temible dios de los mares, hermano de Zeus.

1

Grandes Panateneas

Cuando en el templo en honor a la virgen cazadora Ártemis, la gemela divina del deslumbrante Apolo, todavía humeaba la pira funeraria, Teseo, soberano de Atenas, abrazó a su abuelo, el sabio anciano Piteo, ambos desolados por la tragedia y con los rostros cubiertos de lágrimas. El rey ateniense embarcó en su nave y luego recorrió la cubierta hasta la popa, donde habían situado el catafalco con el cuerpo amortajado de su esposa. Allí estaban también los pequeños Acamante y Demofonte al cuidado de la vieja nodriza Antía. El sol estaba en el cenit. Teseo alzó la mirada al cielo despejado, protegiéndose los ojos, y al primer deslumbramiento que le produjo la intensa luz del astro le siguió un parpadeo, como si un cuerpo se interpusiera entre la luz y él. Una sombra se proyectó sobre el monarca, que detuvo sus pasos.

Ante él, suspendida en el aire, estaba una joven guerrera de brazos vigorosos. Llevaba una túnica corta azafranada con

un ribeteado grana que acababa por encima de las rodillas, el largo cabello recogido en un rodete y las emplumadas remeras del haz de flechas sobresalían de su hombro derecho en el carcaj colgado a la espalda en bandolera; la mano izquierda sujetaba el arco. Era la indómita Ártemis. Todos quienes estaban a bordo quedaron atónitos ante la aparición de la diosa, cuyo cuerpo se acercaba lentamente a Teseo, en quien tenía clavada una mirada torva.

—Te ordeno que me escuches, infeliz. ¿Cómo no ocultas bajo las profundidades de la tierra tu cuerpo cubierto de vergüenza para huir de esta desgracia? No hay ya lugar posible para tu vida entre la gente de bien pues has matado impíamente y también a mí me has causado dolor, porque tu víctima no solo era tu propio hijo sino el hombre al que, de todos los mortales, profesaba yo más afecto. Los dioses no se alegran de la muerte de los piadosos y a los malvados los arrasamos con todo lo que les es caro.—Extrajo una flecha del carcaj y montó el arco. Teseo quedó sin aliento al punto: había llegado su final y lo había hecho de un modo ignominioso. Sin embargo, la diosa no le disparó todavía, sino que volvió a hacer tronar su voz—: Ahora bien, el desconocimiento es la excusa de tu culpa. Condujeron a tu error palabras engañosas que salieron de otra boca y fueron dichas a otros oídos.

Apuntó con el arco hacia otro lado y, silbante, la flecha partió certera. Al ver llegar el proyectil, demasiado veloz para sustraerse a él, la vieja nodriza Antía se cubrió la cara con ambas manos. La fuerza del impacto hizo que cayera hacia atrás por la borda y, un instante después, el sonido del golpear en las aguas señaló el inicio de su camino al inframundo para ir a reunirse con los dos desventurados que habían

partido ya hacia allí, convertidos en sombras, en las últimas horas de aquella infausta jornada.

Concluía así una tragedia provocada por un vaticinio que había prescrito la fatalidad en el primer mes del año, hecatombeón, durante el transcurso de las Grandes Panateneas, unos pocos meses atrás.

◦◦◦

La actividad en el puerto de Falero era inusitada, febril. Los barcos ocupaban todo el amarre del muelle y, al fondo, en la rada, otros muchos bajeles permanecían al pairo esperando turno para atracar. Teseo abandonó el entoldado que había ordenado montar para guarecerse del sol en cuanto la nave de Trecén, cuya arribada esperaba, inició el plegado de la gran vela cuadrada. En el bauprés pudo distinguir una figura que levantaba los brazos. Tenía que ser su hijo Hipólito. Tomándolo por un saludo, el rey hizo el mismo gesto para darse cuenta de inmediato de que, en realidad, eran señales de marinería para realizar la maniobra de arrumbamiento del buque a babor para el atraque. Bajó el brazo y la sensación de incomodidad volvió a invadirlo. Allí estaba él, el héroe que había derrotado al Minotauro, el monarca que había unificado el Ática con diplomacia, el constructor que había hecho grande Atenas, patéticamente ansioso bajo un sol inclemente, con el sudor descendiendo por la frente y las axilas, a la espera de que la nave de su primogénito finalizara la maniobra para el desembarco.

De inmediato, los marineros trecenios iniciaron el descenso desde la cubierta de intemperie, pero en ningún momento Hipólito, en el ir y venir sobre la cubierta principal, miró a su padre aunque fuera por mera cortesía. A pesar de lo incómo-

do de la situación, y para su propia sorpresa, Teseo no tuvo un sentimiento de ira por el manifiesto desaire sino de una ambivalente ternura y temor. ¿Cuánto tiempo hacía que no había visto al muchacho? Casi cuatro años; le bastaban —e incluso sobraban— los dedos de una mano para contar las veces que había ido a visitarlo desde que lo enviara a Trecén.

Por los informes que regularmente le enviaba su anciano abuelo Piteo, estaba al corriente de la gran pasión del joven, los caballos, y también de su excelencia como cazador. Le inquietaba, sin embargo, que —al parecer— fueran restringidas en exceso sus preferencias entre los dioses y entre los mortales. Por su privilegiada adoración a Ártemis había hecho la promesa de mantener su pureza y virginidad, a lo cual se aplicaba con tanto celo que, más que piedad, algunos lo tenían por soberbia. Como futuro monarca de Trecén, tal actitud no prometía un futuro halagüeño a la casa real. Sería preciso, como ya habían hablado con Piteo, hacerle ver cuáles eran las necesidades del trono.

Pensando en ello, se dijo que tal vez debería dar orden de que su hijo desembarcase sin más dilación y fuese al encuentro de su padre. A punto estuvo de hacer un gesto al comandante de la guardia, que llegó a volverse hacia él en busca de instrucciones al verlo impaciente, pero por fortuna se contuvo al darse cuenta de que sería un terrible error. No tardó en ver a qué obedecía la demora: Hipólito dirigía el desembarco de una soberbia pareja de yeguas albas, a la que trataba con gran cariño. Entonces recordó que no era para dispensarle una afectuosa visita que había decidido acudir a la ciudad de su padre, sino para participar en la carrera de carros, en la que estaba seguro de vencer con esa falta de

humildad que los rumores le otorgaban. Tampoco esta vez sintió Teseo ira alguna, porque le agradaban los corazones audaces. Esbozando una sonrisa, se dijo que Hipólito había heredado el ánimo de su difunta madre, la amazona, y era un hombre digno de admirar, del cual ser amigo, un buen compañero de aventuras. Llevado por ese ánimo, salió del entoldado y fue él a su encuentro.

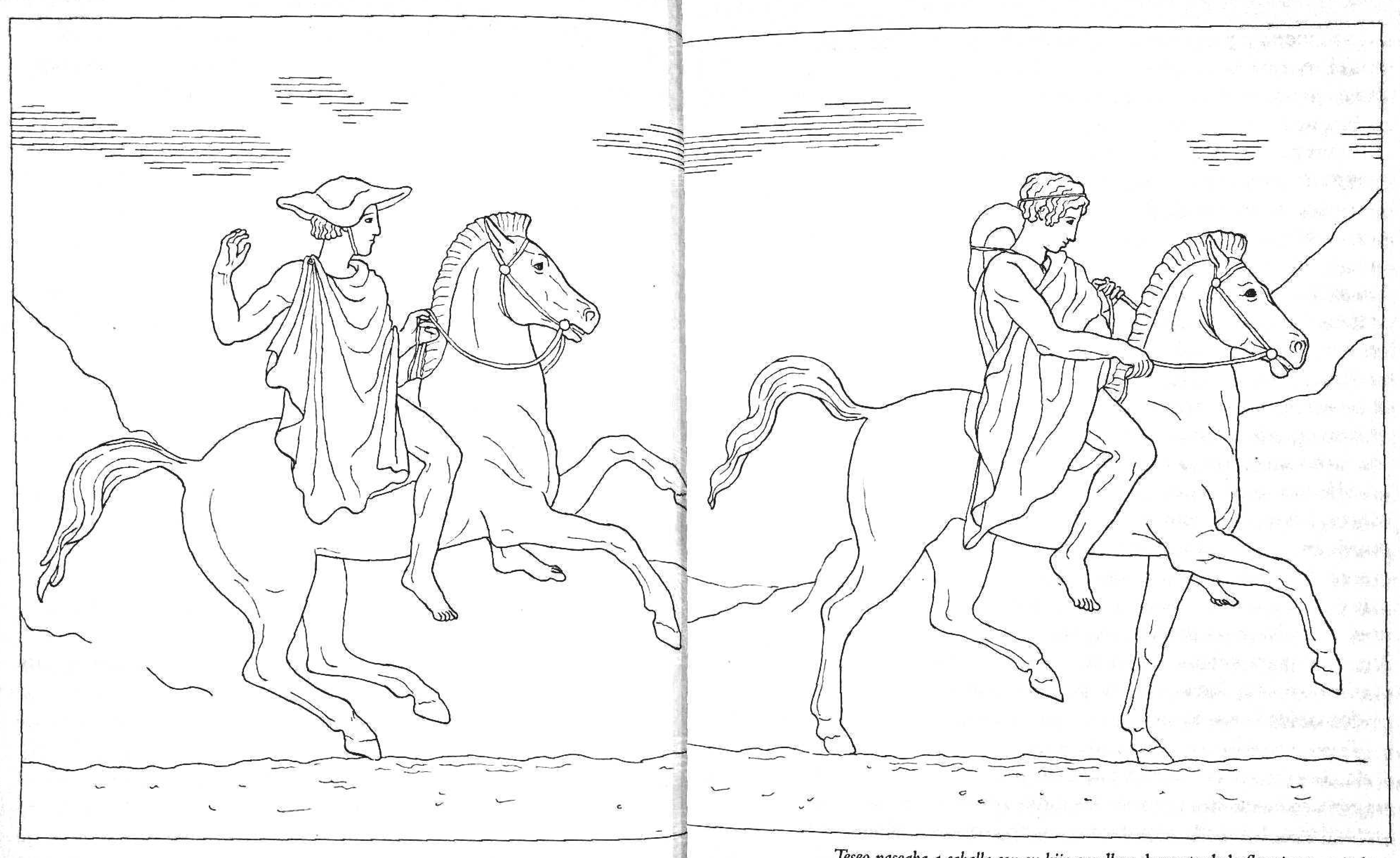
◇◇◇

El rey de Atenas paseaba a caballo junto a su hijo orgulloso de mostrarle la floreciente capital de toda la Ática. Ya en el primer abrazo no correspondido en el muelle notó la rigidez en el cuerpo del joven. Tuvo que rogarle que lo llamara «padre» y no «noble rey». Para evitar los molestos silencios, Teseo se mostraba locuaz y entraba en detalles innecesarios de cómo se habían instalado los grandes toldos que mantenían en sombra las calles principales y las nuevas edificaciones —algunas de ellas monumentales— o de la procedencia del mármol para tal o cual nueva construcción.

Tras recorrer el bosque sagrado de los olivos, al noroeste de la acrópolis, tomaron rumbo a palacio y Teseo habló quedamente a su hijo, acercándose a él con grave gesto.

—Quiero enseñarte algo que no conoces y que tiene para mí un especial significado.

Hipólito siguió a su padre por la senda que delimitaba las defensas de la ciudad hasta llegar a un pequeño templete que rompía la uniformidad de la muralla jalonada por atalayas. El rey descendió de la montura y entró en él, con su hijo siguiéndole los pasos. En cuanto los ojos de ambos visitantes se adaptaron a la tenue luz, contempló Hipólito una



Teseo paseaba a caballo con su hijo orgulloso de mostrarle la floreciente capital.

urna cineraria preciosamente labrada. Había una inscripción en el muro: «Amó y fue valiente». Nada dijo Teseo esta vez sino que respetó el silencio de su hijo, cuyo gesto manifestaba que había adivinado el lugar. Un suspiro del joven hizo comprender a su padre que al fin se había quebrantado su resistencia a mostrar la angustia que albergaba en su pecho.

—Tenías menos de dos años y tu madre te amaba como su bien más preciado. Quiero creer que ella también me amaba casi tanto como yo —dijo, mientras apoyaba la mano en el hombro de su vástago—. Antíope cayó defendiendo mi ciudad de sus propias hermanas. ¿Qué otro motivo, sino el amor, por el que dar la vida?

Asombrado e inmensamente enternecido, Teseo vio que su hijo se rompía y derramaba mudas y acerbas lágrimas, y en ese momento volvió a verlo como cuando era un niño y agotaba su llanto sin recibir la respuesta de una madre.

Mientras encaminaban sus monturas hacia palacio al atardecer, Teseo no habló más, pues, al igual que Hipólito, él también sentía una honda emoción que le atenazaba la garganta. Su vida había cambiado, su mundo era ahora otro muy distinto; largo tiempo hacía que no le volvía a la cabeza aquella duda recurrente: ¿Lo acompañó la amazona al combate para defender a su amor o para dejarse matar por deshonor? ¿Lo había amado sinceramente aquella criatura indomable? Jamás lo sabría.

Tras confiar los caballos al mozo de cuadras, entraron en el palacio y Teseo condujo a Hipólito por los corredores que se revolvían en sus entrañas en dirección al gineceo, el ala del palacio destinada a las mujeres. Conforme se acercaban a las puertas que daban al jardín, oyó el muchacho las cantarinas risas de niños y mujeres uniéndose al gorgoteo del agua de una fuente. Se sintió conturbado, aunque no sabía decir por causa de qué emoción. Una suerte de discrepancia, le parecía, de falta de armonía entre su carácter y el escenario en el que se tendría que ver de inmediato.

Sentada en un banco de piedra a la sombra de dos enormes pinos, la todavía lozana reina, bastante más joven que su esposo, se carcajeaba, contagiada de alegría, al ver chapotear en el estanque a sus vivarachos hijos Acamante y Demofonte, que estaban al cuidado de dos esclavas y bajo el ojo atento de la nodriza, la vieja Antía. Caía por su espalda, asombrosamente liso y brillante, su largo cabello azabache, contra el cual destacaba la blancura de su piel y el rojo intenso de sus labios, cuyo arco sonriente llenaba sus mejillas sonrosadas de vida y volvía risueños sus enormes ojos del mismo color esmeralda de las aguas cálidas y poco profundas.

Al oír pasos sobre la gravilla del sendero de los cipreses, Fedra miró hacía allí, donde halló a su esposo, el soberano, un hombre curtido por sus mil aventuras, por sus alegrías y sinsabores, por la intemperie misma, de ojos cada vez más cavernosos y cabellos y barbas ásperas. Le acompañaba, después de tanto tiempo, su primer hijo, el que había tenido con la amazona Antíope, cuyo tierno recuerdo jamás le abandonaba. Le pareció que el muchacho era más alto que su padre y que tenía una complexión armoniosa, casi femenil, en la que podía apreciarse, sin embargo, una prieta y tersa musculatura. Lucía una espléndida melena rizada, la misma que Teseo, pero, por el contrario, deslumbrantemente rubia y haciendo las veces de orla de una mirada clara, dos aspectos que tenían que ser herencia de la madre. Le llamó

la atención su ágil caminar en comparación con la pesadez de Teseo, un hombre muy masculino, cada vez más duro, que siempre se había enorgullecido de ser inagotable, pero al que el tiempo le pasaba factura, contra lo que él se resistía.

Se alzó para recibirlos, sujetándose ambas manos para no mostrar que aquel largamente postergado encuentro la hacía sentir intranquila. Por el gesto silente y huidizo del joven sospechó que él también sentía embarazo. Eran demasiado pocos los años que los separaban —pensó—, para que pudiera ella tener la esperanza de ser la madre que él necesitaba. Ya no era un niño, sino todo un hombre, uno que había crecido sin más presencia femenina que la de la diosa que adoraba. Del mismo modo, pareció que Teseo se daba cuenta de que semejante relación ya era imposible entre ellos.

—Amada esposa, finalmente traigo ante ti a mi primogénito, Hipólito.

—Reina de Atenas —preguntó él quedamente.

—Príncipe de Trecén —contestó ella.

Las voces reprensoras de la nodriza Antía les hicieron volverse hacia el estanque, de donde venían a toda prisa, dejando un reguero de agua por todo el camino, los pequeños Acamante y Demofonte.

—¿Este es nuestro hermano? —dijo el primero apenas llegó.

—Este es —respondió Fedra con una sonrisa que no halló respuesta en Hipólito, lo cual se esforzó ella por no considerar una descortesía sino como una mera indicación de su manera de ser.

Estaba dispuesta a observarlo y entenderlo, en llevarse bien con él, en interpretar la parte que para ella estaba diseñada como venía haciendo desde que su hermano Deucalión la

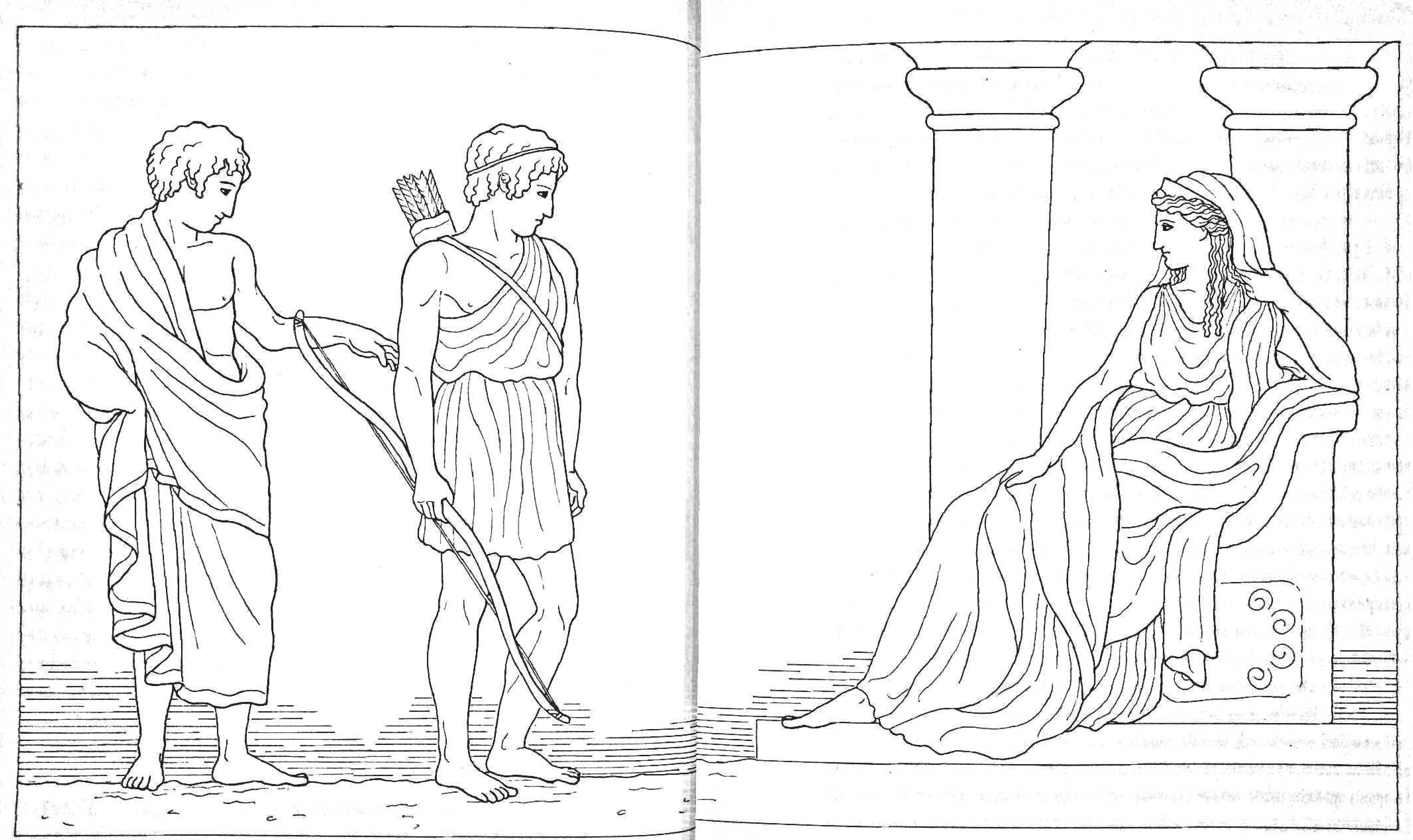
ofreciera al rey de Atenas como esposa. Ahora bien, veía que había en los ojos del joven firmeza de voluntad, pero al mismo tiempo un reflejo de inmadurez. Se daba cuenta de que su diferencia de edad probablemente sería un lastre para que hallaran el modo de llegar el uno al otro, pues, en realidad, no era tanta para que él le tuviera el respeto debido a sus mayores ni tan poca como para hallar en ella a una amiga. ¿Cuál podría ser su relación? El tiempo, la más simple potencia reveladora del destino, lo diría, como siempre.

Por su parte, al mirar a sus hermanastros, el primogénito de Teseo no era capaz de sentir amor fraternal ni la ternura que despierta cualquier niño, sino que no podía dejar de pensar que ellos eran la causa por la que su padre lo había mantenido apartado. Para no estorbarles el acceso al trono de Atenas, él había sido criado como príncipe de Trecén y, una vez llegase al sillón real, formase una alianza fraternal, inquebrantable, entre Atenas y Trecén. La vejez de Piteo, el actual monarca trecenio, anunciaba los cambios que se habían ido preparando y ya todos movían sus fichas en el tablero, pero, por mucho que intentaran inculcarle razones estratégicas y políticas, en el corazón de Hipólito seguía la angustia de haber tenido que tomar por padre a otro hombre, aunque él anhelara, como había hecho durante largos años, volver con su padre verdadero.

Incapaz de soportar otro silencio fastidioso, Teseo permitió que su esposa y sus hijos se retiraran a sus estancias, y, echando el brazo por encima de su hijo, se lo llevó a cenar.

∞

Como creyó que sería más del agrado del espíritu austero de su hijo, Teseo había evitado recibirlo con fastos y un gran



Por el gesto huidizo de Hipólito, Fedra sospechó que él también sentía embarazo.

banquete y, bien al contrario, lo acomodó en un sencillo comedor cercano a las cocinas. Se sentaron a una mesa dispuesta con las mejores viandas, por ninguna de las cuales, sin embargo, pareció el muchacho particularmente impresionado. Teseo escanció una copa de vino y la alargó a su invitado, dejando para después la suya, que tenía delante, con la debida deferencia.

—Gracias, padre, pero no bebo vino, pues es un enemigo del pudor —dijo Hipólito, interponiendo la mano.

Teseo retiró la copa con asombro por la declaración, sin que le viniera a la mente más respuesta que la de saciar su propia sed, para lo cual apuró el vino de un solo trago sin caer en la cuenta de que tal vez semejante gesto le pareciera desagradable a su casto hijo. Ya cogía un pedazo de carne asada y se disponía a llevárselo a la boca cuando se detuvo al reparar en que Hipólito recorría con la mirada el contenido de las distintas fuentes con aire desganado, como si aquellos manjares excelentes no pudieran satisfacer su verdadera necesidad. Al ver que su padre dejaba la carne sobre la escudilla a la espera de que él escogiera, el joven explicó:

—Solo como carne de caza y también atún cazado con arpón.

En silencio, Teseo tomó una fuente de venado asado y se la acercó a su hijo, dejándola en la mesa con delicadeza, temeroso de parecer demasiado pertinaz. Seguían sin acudir a él las palabras más adecuadas para dar contestación a las inesperadas costumbres de aquel muchacho. Mientras contemplaba con creciente desconcierto cómo se llenaba la copa de agua y tomaba para comer solo un puñado de frutos rojos del bosque, no pudo evitar que se removiera en sus adentros la intranquilidad. Por mucho que fuera sangre de su sangre,

el primero de sus vástagos, fruto de un amor exaltado, tenía la impresión de que hacer amistad con Hipólito sería más difícil de lo que había esperado.

—Cuando hayamos terminado de cenar quisiera ir a ver si mis yeguas están bien acomodadas —dijo el joven sin ni siquiera mirar a su padre.

◦◇◦

Salieron por el ala este de palacio al gran patio de armas. Era noche de luna negra y en la bóveda celeste brillaban azules las constelaciones. Tras una jornada tan calurosa la temperatura resultaba agradable. A la izquierda, en el lado sur, podían distinguirse las titilantes luminarias que correspondían a la entrada de las caballerizas y a los almacenes de intendencia. A la derecha, en el lado norte, brillaban las luces del acuartelamiento de la guardia de palacio. La llama de unas cuantas antorchas avanzaba desde allí hacia ellos a toda prisa. Vio Hipólito que los soldados les rodeaban a modo de escolta, algo que a su parecer era del todo innecesario para que un rey se desplazase a las caballerizas de su propio palacio. Buscó la mirada de su padre en pos de una explicación, pero halló que, tras el trato de mutismo y aspereza al que lo había sometido a lo largo de todo el día, había aprendido él también a permanecer apartado de su hijo. ¿Qué podía temer el celebrado Teseo, monarca de la pujante Atenas?

Al frente de la escolta iba el jefe de la guardia, Polipetes, escudriñando la oscuridad más allá de la luz de las antorchas a medida que avanzaban. Hipólito le había visto entrar en el comedor llegado cierto momento durante la cena y hablar al oído del rey, quien lo había despedido sin dar muestra de

preocupación alguna, por lo cual el joven no le había dado ninguna importancia y lo había olvidado al punto. No obstante, el mensaje no debía ser cualquier trivialidad.

Ya estaban próximos a las caballerizas, hasta las que había un corto paseo, cuando, con la mirada clavada al frente, Polipetes alzó la mano para detener la escolta.

—No están los dos soldados que deberían montar guardia en la puerta.

—¿Cuántos crees que puedan ser? —preguntó Teseo.

—El que hemos apresado al otro lado del muro esperaba con cuatro caballos.

La escolta entró en las caballerizas, mientras Teseo e Hipólito permanecían en la entrada con dos portadores de antorcha a distancia, intentando vislumbrar cualquier peligro. Al poco salió el jefe de la guardia con expresión de gravedad. Sin decir palabra, alzó la espada del rey, que llevaba en custodia cuando este quería desprenderse de ella, y la puso en sus manos. Habían encontrado muertos y ocultos bajo la paja, en una de las cuadras, a los dos guardias y al mozo del establo, explicó. Apenas Teseo recuperó su espada, Polipetes fue a retirar la mano, pero Hipólito se lo impidió, sujetándolo firmemente con la suya. Asombrado quedó el jefe al ver el fuego que ardía en los ojos del vástago de la amazona. Llevó la mirada hasta el rostro de su soberano para saber su parecer y comprobó que Teseo afirmaba con un breve gesto. Solo entonces respondió a la petición que significaba el gesto del muchacho y, volviéndose a sus hombres, bramó:

—Entregadle un arma al príncipe de Trecén.

Hecho esto, enviaron varios hombres corriendo en diferentes direcciones para que se cerrasen todas las salidas en

tanto que los restantes, en formación cerrada alrededor del rey y su hijo, se apresuraron de regreso al interior del palacio. Se hallaban a medio camino cuando oyeron una voz de alarma que llegaba de más allá de la oscuridad. El fragor de un movimiento frenético de pasos hizo que todos volvieran su atención hacia allí, donde se hallaban los almacenes. No bien se hubieron detenido para intentar ver algo en la lejanía a través de las tinieblas, descubrieron que, fuera lo que fuese, no era más que un señuelo.

Silbó en el aire el zumbido de la muerte. Los guardias alcanzados por las saetas cayeron en medio de estallidos de sangre. Vio Hipólito que su padre doblaba las rodillas y gruñía de dolor. Una flecha le atravesaba el brazo y otra le había alcanzado la pierna. Al grito de Polipetes, los soldados les protegieron formando un muro con sus cuerpos; no obstante, quedaron diezmados por la siguiente andanada. El jefe de la guardia bramaba pidiendo auxilio y ya se veía movimiento de antorchas en la dirección de los puestos de guardia. En un instante llegarían los suyos. Solo quedaba resistir. Cesó la lluvia por un instante mientras los hombres gemían malheridos en el suelo e Hipólito recogía a su padre, ovillado por el dolor, en el interior de su abrazo. Polipetes y los pocos guardias que le restaban se revolvían, espada adelante, mirando hacia la oscuridad como leones, girando en derredor para hacerse peores blancos pero seguir bloqueando el acceso a su rey. ¿Dónde estaban aquellos traidores? ¿Qué absurda hazaña habían pretendido llevar a fin?

Las figuras negras saltaron sobre ellos como el viento, llegando por ambos costados. En el mismo instante del choque cayeron los últimos soldados con las gargantas estallando en

sangre. Solo Polipetes sobrevivió a la sorpresa de la acometida y se enzarzó con dos de los asaltantes, mientras los otros dos se abalanzaban sobre el rey. Sonó el choque del metal mientras las antorchas caían al suelo y las sombras bailaban buscándose la ruina unas a otras.

Como el jefe de la guardia vio que los atacantes tenían el cuerpo desprovisto de las habituales salvaguardas —peto, brazaletes, grebas—, probablemente para moverse con agilidad y sigilo, fue a buscarlos con su filo furioso allá donde podía. Con pasmosa habilidad bloquearon los otros sus ataques, pues eran muy diestros y, al ser dos, siempre había uno que tomaba aliento. Pero, a pesar de ello, el corpulento Polipetes era incansable y pesado y le bastó apenas alcanzarlos dos veces: a uno le atravesó la barriga y al otro le partió la cara de un tajo vertical, de arriba abajo.

Cuando se volvió hacia el rey vio que el tercero de los asaltantes se desplomaba delante de Hipólito cubierto de sangre por las heridas que le había infligido el muchacho con su veloz brazo. Detrás de él, más allá, Teseo apenas acababa de levantarse, tambaleante. Con un brazo y una pierna inútiles y ensangrentados, desenvainaba la espada ante el hombre de negro que se le echaba encima, pero bien se veía que el dolor no le dejaría fuerzas para levantar su arma. Admirado quedó Polipetes cuando vio cómo el vástago de la amazona volaba al encuentro del agresor y, justo en el instante en que alzaba la broncínea hoja, chocó su espada con él. Ambos contendientes quedaron trabados en un mortal abrazo, cada uno de ellos sujetando el brazo con que el otro llevaba la espada. Hipólito le propinó un rodillazo al otro en la entrepierna y, en cuanto vio que se arqueaba hacia

delante, no dudó lo más mínimo en descerrajarle un formidable cabezazo cuyo crujido dolía solo con escucharlo. Lo soltó entonces y la figura negra se tambaleó aturdida con el brazo de la espada todavía en alto. En un suspiro, cayó la afilada hoja del muchacho y cercenó la mano enemiga de un solo golpe por encima de la muñeca, de modo que la espada cayó al suelo con la mano aferrada a la empuñadura. El hombre rindió las rodillas y ahora Hipólito lo acabó de derribar con una patada en la cabeza. Soltando la espada se volvió para mirar a su padre. Las antorchas en el suelo daban a su rostro el salvajismo de una bestia del bosque. Teseo y Polipetes quedaron inmóviles, mudos, sobrecogidos y maravillados.

◦◦◦

—¡Déjame, te digo! —oyeron que rugía el rey en la estancia aneja con gran estrépito de objetos que se desparramaban por el suelo.

La puerta se abrió bruscamente y Teseo salió de sus aposentos, renqueando al avanzar sobre un cayado que usaba a modo de muleta. Prietas alrededor de sus heridas, las vendas estaban limpias, pero su renuncia a permanecer en cama las empapaba de rojo continuamente, exaltando la preocupación del médico Hemón, que le iba detrás con gesto de desespero. Forzando su caminar herido, tal como reflejaban sus muecas de dolor, el monarca pretendió ir a reunirse con su hijo, que aguardaba en la antesala, como le había pedido el sanador. Aunque el gesto lívido de Hemón desaconsejaba afrentar el orgullo de Teseo, el muchacho fue en busca de su padre para ayudarlo a sentarse junto al hogar. Bien sabía

que no vertería su ira sobre él por ello. Se consumían las postreras horas de la noche y en el confín del mundo ya despuntaba la aurora. Todavía hacía frío. Hipólito echó un leño al fuego.

Los guardias abrieron las puertas para dejar entrar a la reina, que entró como una exhalación, haciendo volar sus cabellos sueltos por la estancia, los ojos enrojecidos por el llanto desde que la despertaran para informarle de lo sucedido. Hipólito se hizo a un lado para dejar que se echara a los pies de su esposo, el rey, donde se deshizo en sollozos, pero Teseo, que rechazaba ser tratado como un convaleciente, le acarició el cabello suavemente y luego le pidió que se levantara.

—Es necesario mucho más que una trampa cobarde en medio de la noche para acabar con mi reinado —dijo el monarca.

Alzándose, Fedra se dirigió hacia Hipólito con un gesto de agradecimiento que daba algún alivio en su rostro. Se secó las lágrimas como si se avergonzara de ellas e hizo ademán de ir a tomarlo de las manos, susurrando.

—También yo debo la vida a tu coraje, noble Hipólito.

Pero vio que, de un modo discreto pero inconfundible, el joven intentaba alejar la posibilidad del contacto con ella.

Entró entonces en la sala el agotado Polipetes. Comprobó horrorizada la reina que tenía los puños desollados y cubiertos de carmesí, el mismo color que punteaba su coraza y su rostro con crueles motas. Removiéndose ansioso en su asiento esperó Teseo que el jefe de la guardia llegase hasta él. No bien se hubieron reunido de nuevo los tres supervivientes del ataque, con Fedra entre ellos, el rey puso

a la vista de todos el trofeo que había escondido con afán insano dentro de su túnica entreabierta para dejar libre el brazo herido: la mano cercenada de su atacante con la carne ya ennegrecida. Fedra sintió al instante una repugnancia intestina y se esforzó por ahogar en su boca un grito que convirtió en un leve suspiro.

—¿Y bien? —bramó el rey—. ¿A quién pertenece la mano homicida?

Un momento más permaneció en silencio Polipetes con gesto turbado, porque anticipaba el efecto que tendría su revelación en aquel soberano de ánimo inagotable. Su titubeo no hizo más que aumentar la anticipación de Teseo, que fijó una mirada de enojo en él.

—Su nombre es Eucícrates… —declaró finalmente, sin que el nombre tuviera el más mínimo eco en ninguno de los presentes. Con plena conciencia de ello, añadió la información vital—: de Palantio.

En lugar de sentirse alterado, como Polipetes había esperado, Teseo se hundió en su sitial, como si una enfermedad le arrebatara las fuerzas repentinamente. Uno de los hijos de su tío Palante, su propia familia, que no había escondido su pretensión al trono desde que muriera su padre Egeo. A los ojos de Palante, el reinado de Egeo no había sido lícito, pues había vulnerado el acuerdo establecido con sus hermanos por el cual se repartían el reino. Habiendo reclamado Atenas, la mejor parte, por ser el primogénito, tan pronto como hubo consolidado su poder, expulsó a sus hermanos de las demás regiones y se hizo con ellas.

—Mi tío tiene cincuenta hijos —murmuró Teseo—, cincuenta primos carnales míos de los que quizá yacen varios

en los sótanos al amanecer de esta noche aciaga. ¿Quiénes de entre todos ellos intentarán matarme a continuación?

Lanzó la mano cercenada al fuego, donde las llamas la rodearon al instante, levantando brillantes ampollas en la piel. Asqueada, Fedra apartó la vista. Un escalofrío recorrió su espalda ante la idea de que los dedos de su brutal marido, que habían estado sujetando aquel despojo, volvieran a tocarla.

2

La soberbia de los mortales

La ceremonia primera de entrega del peplo sagrado era festiva, luminosa, llena de vida. Iba a la cabeza del cortejo la esposa del soberano de Atenas, seguida de las mujeres de los principales de la ciudad bellamente ataviadas y entonando cánticos, acompañadas de la música de liras y aulós entre una lluvia de flores. Quienes tenían conocimiento de tales aspectos, atestiguaban que la hermosura de la reina remedaba a la de su malhadada hermana, la princesa cretense Ariadna, a la que ciertas historias atribuían haber ayudado a Teseo a dar muerte al Minotauro y escapar del laberinto y que, no obstante, había desaparecido de manera inexplicable, sin que hubiera más noticia de ella, al menos entre los mortales. Como fuere, su deslumbrante belleza y la gracia con que vestía sus atavíos llenaban los corazones de calidez y, por simpatía, hacía que las mujeres a su alrededor se esmerasen en sus arreglos y pareciesen también beldades descendidas

de los cielos. De tal modo desfilaba el radiante cortejo por la ciudad aligerando los corazones, desbordados de contento.

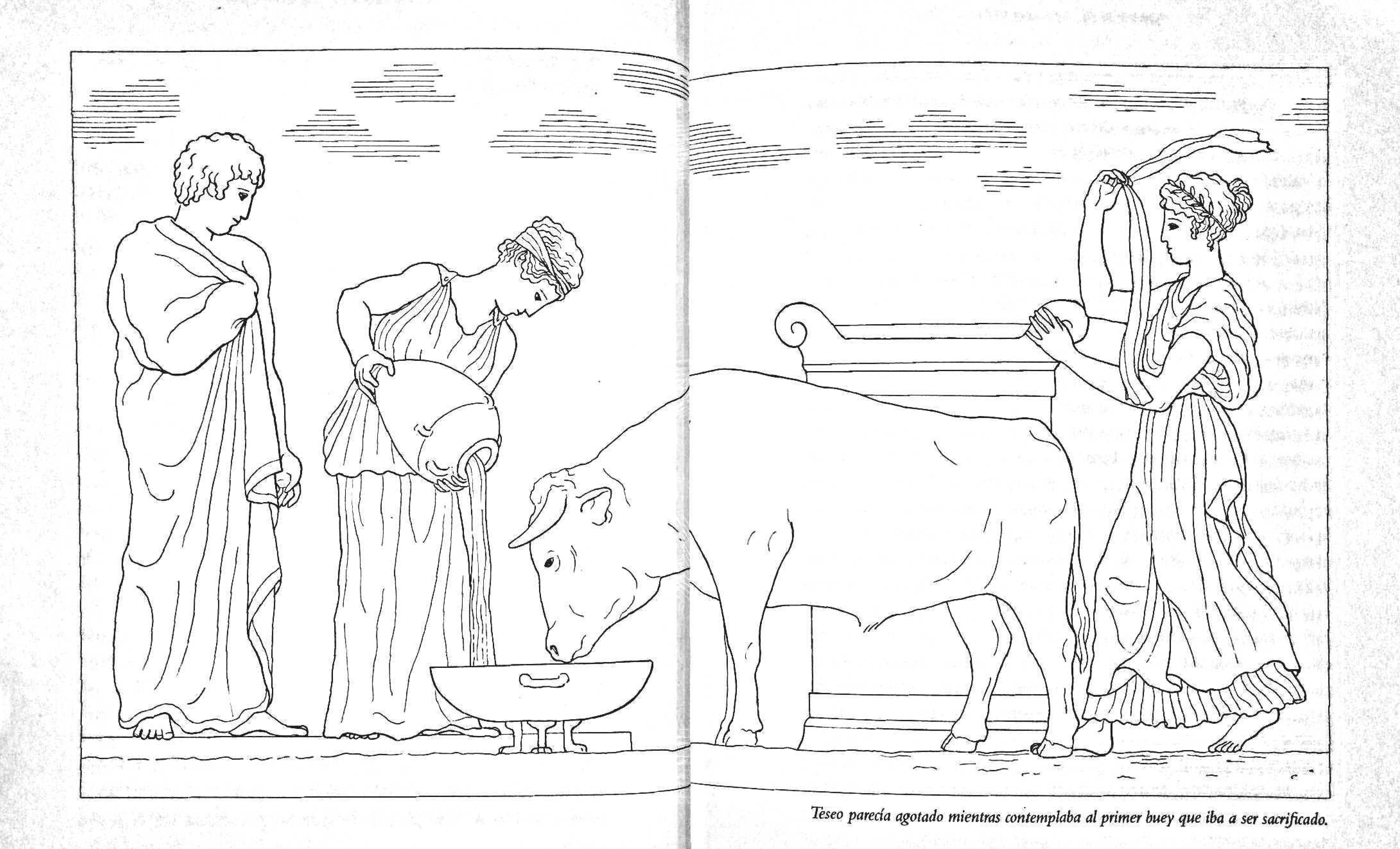
Ahora bien, el rito del inicio de la hecatombe era todo lo contrario. El rey iba a la cabeza de la procesión sobre una carreta uncida al más majestuoso de sus bueyes, portando unas ramas de olivo del bosque sagrado. El silencio, solo roto por el monótono golpear en la tensa piel del tambor, marcaba el cansino avance de la recua de bueyes que iban a ser sacrificados ese día. Tras entregar al sacerdote una bandeja de plata en la que descansaba la daga curva sacrificial cubierta por un paño, Teseo se retiró del altar donde humeaban dos grandes sahumerios con mirra, incienso y maderas aromáticas para dejar paso al inicio del rito sangriento. Se le veía agotado, pálido incluso, como si no estuviera del todo entera su salud cuando, en pie junto a su hijo, contempló al primer buey rendir las extremidades al ser degollado.

El sacerdote hendió el pecho del animal caído y hurgó en él. Pronto levantó el corazón todavía palpitante de la bestia, que mostró a la multitud congregada para arrojarlo después al fuego. Tan pronto como abrió al buey en canal, las entrañas del animal salieron tumultuosas y humeantes al implacable sol del mediodía de Atenas, pues era el tórrido mes de hecatombeón. La maraña de vísceras entró en contacto con el fuego purificador y un potente olor acre se extendió mezclándose con el embriagador aroma de los sahumerios. Entonces retiraron al buey para despiezarlo con destino al banquete nocturno y dejar paso al siguiente animal. Llegado ese momento, el exhausto Teseo consideró que ya había cumplido con su presencia y abandonó el templo con una fuerte escolta, llevándose a su hijo. No fueron pocos aque-

llos de los que se hallaban en la multitud, así como entre los eupátridas —los más poderosos de la ciudad, siempre en tensión con el rey— y también los ancianos del consejo, que murmuraron sobre aquel proceder, reprendiéndolo algunos por impiadoso y preguntándose otros a qué malestar, que pretendía ocultarse a los ciudadanos, obedecía el aspecto demacrado del monarca.

Luego, al caer la noche, Teseo aguardaba entre las grandes columnas a la entrada del gran templo de Atenea en la acrópolis, contemplando la llama que avanzaba desde el Areópago hacia él en manos del último relevista. Miró hacia su esposa y su primogénito, que esperaban solemnemente a su espalda, flanqueados a un lado por una representación del consejo de ancianos y al otro por los eupátridas más notables —entre los que no le faltaban acérrimos contrarios—, ante quienes se esforzó por mantener el cuerpo bien erguido y la cabeza en alto a pesar del cansancio y el dolor de las heridas. Una exclamación general de admiración se elevó entre la muchedumbre congregada a los pies del templo cuando se encendió la llama sagrada. Tenía la forma del yelmo de la diosa y un penacho de fuego en vez de plumas, que, alimentado por el aceite del bosque sagrado, iluminó la noche. Arrancó la música al punto y el alborozado gentío tomó camino hacia los lugares de celebración del gran banquete.

Encaminándose con Fedra e Hipólito bajo la protección de su escolta hacia el gran salón de su palacio, donde le aguardaban los principales de la ciudad —amigos y enemigos—, representantes de embajadas e invitados de toda la Hélade, se preparaba Teseo para saludarlos uno por uno con su bonhomía habitual con el fin de que su presencia en el festín



Teseo parecía agotado mientras contemplaba al primer buey que iba a ser sacrificado.

acallase los rumores y maledicencias. Las jornadas subsiguientes de juegos gimnásticos y atléticos, recitales poéticos, danzas y música mantendrían ocupado al consejo. Sin ser consciente, Teseo endureció la mandíbula hasta dolerle, con la mirada clavada en el suelo y el único acompañamiento de los pasos de todos los guerreros que lo rodeaban, de su hijo y su esposa. Tenía que apresurarse. Había mucho que hacer.

◇◇◇

Acongojada por la incertidumbre vivía Fedra, una tras otra, las ceremonias y actos diarios de las primeras Grandes Panateneas, a los que Teseo acudía reluctante, haciéndose acompañar por ella y el hermético Hipólito, que tampoco parecía querer estar allí. Aunque la mantenían aparte, circunscrita a la función que se esperaba de ella, tenía la conciencia clara de que algo estaba sucediendo. A su esposo lo consumía la ansiedad, abandonaba cada evento apenas le era posible, se recluía en sus estancias del palacio, en las cuales no cesaban las entradas y salidas de sus más cercanos, compañeros de armas y jefes militares de confianza. Durante aquellos días había dejado de visitarla, de acudir a saludar a sus hijos, y cuando paseaba ella con sus sirvientas por los corredores del palacio, los soldados, que hablaban en voz baja por las esquinas, callaban al verla pasar. Llegó a suceder, en cierto momento, que, al advertir que su esposo seguía en la sala de armas después de que salieran algunos caudillos, apretó el paso para ir a hablarle, pero, cuando él se dio cuenta de que se acercaba por el pasillo, ordenó que cerrasen la puerta. Vio ella desaparecer el rostro visiblemente molesto de Teseo por el espacio cada vez más estrecho de la puerta al ir en bus-

ca del marco, el cual encontró con un golpe suave, aunque Fedra sintió que resonaba en sus entrañas como si el cielo hubiera caído sobre la tierra.

No era la primera vez que se sentía sola, desatendida, caprichosamente relegada a ser una madre y una amante en un mundo incivil. Aquel día, ante la puerta cerrada, pidió a las sirvientas que la dejaran sola, pues le abochornaba la humillación y no se creía capaz de soportar sus miradas condescendientes y los cuchicheos melodramáticos a sus espaldas. Dolida, volvió sus pasos al gineceo en busca del abrazo de sus hijos.

Al salir al porche del patio interior, oyó el zumbido de una saeta que raudamente alcanzaba la diana con un impacto seco. Mirando con curiosidad, vio que el arquero era Hipólito. Practicaba el tiro contra un poste con gesto ausente, que Fedra imaginaba anhelante del fragor de los pasos sobre la hojarasca, de la sombra fresca del dosel del bosque, del olor a humedad del musgo. Sus anchas espaldas y sus brazos se endurecían cuando tensaba el arco. Su cuerpo, joven, flexible, vigoroso, estaba moldeado por el ejercicio al que se entregaba de continuo con la misma pasión con que su padre desaparecía en sus guerras y sus diplomacias, sin dejar espacio para la galanura, la delicadeza, para sentir la vida y no meramente vivirla, en definitiva. A pesar de haber estado con el muchacho a lo largo de las festividades, habían cruzado bien pocas palabras. Seguía tan intrigada por él como al principio. Molesta por ello, cambió el rumbo de improviso y salió al patio con paso decidido para ir a su encuentro. Hipólito depuso el arco al ver que se acercaba. No faltó cierto enojo en las palabras de la reina:

—Ilustre príncipe, no me has dado ocasión de agradecerte lo mucho que te debo, y, aunque no está en mi ánimo reprenderte por ello, confieso que me turba y me produce tristeza.

—Mi padre está a salvo, a salvo estás tú y tus dos vástagos. El reino se halla en buenas manos. Con eso tengo suficiente.

—Me satisface el ánimo que manifiestan tus palabras, pero no veo felicidad en ti en medio de una suerte tan propicia. A quien los hados se lo imponen se comprende que sea desgraciado, pero si alguien espontánea y voluntariamente se atormenta a sí mismo, digno es de perder los bienes que no sabe utilizar.

El joven enrojeció, acalorado, al comprobar que en definitiva, a pesar de sus buenas maneras, la reina sí había venido a reprenderle.

—No hay vida que mejor respete las antiguas costumbres que aquella que, dejando atrás las muchedumbres, se complace en los bosques y en las montañas. La inmundicia no abrasa al inocente que se consagra a la soledad. No es él esclavo del poder ni de la pestilente envidia, no persigue vanos honores ni efímeras riquezas. No conoce el crimen, que tiene su origen en cuanto uno contempla lo que tiene el otro, y, por ello, no inunda los altares con un río de sangre para expiar sus faltas, sino que se siente dueño en los campos retirados y vaga inocente, respirando aire limpio.

Rápidamente advirtió ella que le había causado una indignación, y, temiendo alejarlo todavía más, perdió la valentía.

—No te falta razón en lo que dices, pero faltas en ver los muchos otros modos que ha dejado el soberano celeste para reparar los estragos que abaten a los mortales. Si sigues a la

naturaleza como guía de la vida, bien sabrás que la mies tierna crece exuberante entre alegres plantas. No creas que es un deber soportar las durezas. Solo esto he venido a decirte: relaja tu espíritu acordándote de tus años —dijo, poniendo afectuosa su mano en la de él. Se dio cuenta de que él se conturbaba por el contacto.

—Mi espíritu está libre de esperanzas y temores —contestó.

Por un momento, cada uno se perdió en los ojos del otro. Le pareció a Fedra que una lucha intensa se libraba en el interior de aquel muchacho cuya actitud ante la vida no compartía, pero que era sin duda verdaderamente notable. Él liberó su mano con cuidado, por no parecer grosero, y, dándole la espalda, volvió a cargar el arco. Mientras ella se alejaba de vuelta al porche, descubrió que ardían en su mente las respuestas de Hipólito y que no podía dejar de pensar en su candor, que era una forma de asombrosa simplicidad.

◇◇◇

El carro de Helios iluminó la mañana del último día de las Grandes Panateneas y también la jornada de la celebración de la prueba más popular: la carrera de carros. Una explanada de las afueras, de común destinada al mercado, había sido allanada y dispuesta para celebrar la competición. Se habían erigido en ambos extremos dos columnas de mármol blanco a las que les separaba la distancia justa, con un cercado que delimitaba el circuito y tras el cual se congregaba el público. En las jornadas anteriores se habían celebrado sucesivamente pruebas clasificatorias con carros tirados por dos briosos corceles que daban tres vueltas completas a la pista.

Los cuatro vencedores eran los participantes en la gran final. En estas excepcionales Grandes Panateneas se había introducido una variación: el número de caballos sería de cuatro y nueve el número de vueltas. Todo un desafío incluso para el más bregado gobernante de un carruaje.

Los cuatro carros se habían dispuesto escalonadamente y debían permanecer en su calle, para que todos recorrieran una misma distancia al finalizar la primera curva. Luego iniciarían una apasionante competencia para ocupar el primer lugar y situarse en el interior en cada giro del trazado. Los cuatro finalistas eran Hipólito y Polipetes, por Trecén y Atenas respectivamente, y los aurigas representantes de Salamina y Tesalia. Por la calle izquierda, en la posición más retrasada, estaba el vástago de la amazona, con sus yeguas blancas; después el auriga de Salamina, con caballos ruanos; el tesalio, con caballos negros y, por último, Polipetes, con caballos alazanes. Desde la tribuna presidían la carrera el rey y la reina, rodeados de los principales de la ciudad y de los representantes de las embajadas de Salamina y Tesalia. Vigilaba el acontecimiento una presencia imponente: en la isla central, entre las dos columnas y centrada frente a la tribuna, la gran estatua de Atenea aferrada a su lanza inclinada esta vez, en lugar de erguida como solía estar. A su derecha, enhiestas al cielo, emergía un crisol de lanzas que sumaban las vueltas que se tenían que dar al hipódromo.

Calculaba Polipetes sus posibilidades ante unos rivales tan formidables: sabía de la justa fama de los caballos tesalios y conocía la competencia del auriga de la vecina Salamina, en cuanto a Hipólito no sabía a qué atenerse. El jefe de la guardia había podido comprobar que los rumores sobre su

carácter arisco eran ciertos, pero también que su brazo no temblaba en el momento de la verdad. Por lo demás, el príncipe trecenio había ganado con autoridad la prueba clasificatoria gracias a la velocidad y brío de sus animales.

A un toque de la corneta, todos los aurigas subieron a los carros mientras la estatua de Atenea retraía su brazo hasta dejar la pica en posición vertical. Los aurigas tenían preparado el látigo, todos excepto Hipólito, que rechazaba utilizar lo que le parecía un instrumento de crueldad. Un silencio expectante, un nuevo toque de corneta y la primera de las lanzas de la imagen de la diosa descendió de súbito. Restallaron los látigos azuzando a las nobles bestias, al tiempo que se embravecía el aire con el clamor unánime de miles de gargantas. La gran competición había empezado.

Todo auriga experimentado sabía que era de gran importancia forzar al máximo a los animales en este primer tramo para encarar en cabeza la salida de la primera curva. Solo Hipólito, que no azuzaba a sus caballos más que con voces nada crispadas y tironeando hábilmente de las riendas, salió de la curva para encarar la primera recta completa manteniendo el último lugar. Polipetes lo aprovechó para ocupar la izquierda de la pista y fustigó a sus caballos, mientras los de Salamina y Tesalia se colocaban a su altura para intentar adelantarle antes de tomar la curva siguiente y encarar de nuevo la recta inicial que completaba la primera vuelta. Polipetes logró mantenerse en cabeza mientras bajaba una nueva pica de Atenea, con lo cual se indicaba que ya estaban en la segunda vuelta.

En intensa lid, ahora poniéndose al frente de la carrera para ser luego superado por otro, adelantando entonces el

tercero, se prolongó la competición vuelta tras vuelta sin que Hipólito lograse alcanzarlos en ningún momento. Al llegar a la quinta vuelta, el tesalio arreó sin piedad a sus caballos azabaches y cerró el paso a Polipetes en una temeraria maniobra en la curva. Caballos y carros establecieron contacto y un rumor de expectación recorrió a los espectadores, desde las gradas a la tribuna. Únicamente refrenando sus caballos logró Polipetes evitar el trágico choque, obligándose a dejar que el tesalio lo adelantase. Sin embargo, ambos habían perdido velocidad en la refriega y apenas el que iba en cabeza pudo disfrutar del momento, pues al instante contempló que al auriga de Salamina pasaba delante con autoridad y se situaba en la primera posición de la carrera.

En esa nueva disposición siguió la competición, con el segundo acosando al primero, hasta la penúltima vuelta, cuando los caballos negros de Tesalia y los ruanos de Salamina disputaron casi a la par cada recta. El auriga tesalio intentaba cerrar en cada curva al de Salamina con temerarias maniobras que solo la pericia de ambos a las riendas evitaba que acabara en un tumultuoso encontronazo. Polipetes se mantenía a la zaga para esperar una oportunidad de disparar adelante sus rojizos alazanes. Y así encararon la recta de tribunas los aurigas y la estatua de Atenea bajó de nuevo su brazo armado con la lanza indicando que estaban en la última vuelta.

Cuando alcanzaron la curva, el tesalio utilizó un feo ardid. No había dejado de aguijonear de forma brutal a sus caballos durante toda la competición, pero esta vez se volvió hacia su competidor y le lanzó el extremo del látigo, haciéndolo restallar delante del rostro del otro. Llevándose asustado las manos a la cara, soltó el salamino las riendas sin poderlo

evitar y los caballos toparon entre ellos, encabritándose y llevándoselo hacia el exterior. Así pudo el tesalio adelantarlo. Un murmullo de reprobación recorrió la concurrencia mientras el rastrero auriga de Tesalia volvió a fustigar sus caballos para conseguir poner la máxima distancia respecto a sus perseguidores. Y entonces sucedió algo en lo que muchos quisieron ver una justa mano divina: dolorido y exhausto, uno de los animales rindió los remos delanteros y arrastró en su caída a los demás. Quedó el noble animal tirado en el suelo, dando coces al aire, con el corazón quebrantado por el implacable castigo de su amo.

De ese modo fue como Polipetes e Hipólito se hallaron luchando por la victoria. A la salida de la última curva, Hipólito se puso a la par, lanzando a su oponente fugaces miradas en busca del modo de adelantarlo. Una expresión feliz brillaba en su rostro. Pensó su oponente, que le había observado durante todas las competiciones para estudiar sus maneras, que eran aquellos los únicos momentos en los que se había visto radiante al hijo de la amazona. Inquieto por ello, vio que acercaba dos dedos a la boca de modo que, introduciendo las puntas del índice y el corazón, emitió un poderoso silbido. No bien llegó a los oídos de las yeguas, redoblaron la intensidad del galope con facilidad, como si hasta entonces no se hubieran esforzado más que para un paseo e Hipólito hubiera estado guardando sus fuerzas. Así presenció el ateniense cómo el príncipe de Trecén se alejaba en dirección a la meta, levantando tierra y hierba que le azotaron el pecho y la cara.

En cuanto cruzó la meta en medio de los aplausos y vítores de la muchedumbre enardecida, Hipólito saltó del carro, se acercó a sus caballos albos y les susurró mientras les daba

cariñosas palmadas en la testuz. Piafaron los animales al unísono varias veces con hermosa estampa. Solo después saludó a la tribuna, donde, por algún motivo, Fedra creyó que fijaba su mirada en ella. Sin poder evitarlo, esa convicción le produjo un escalofrío en la espalda. Como estaba establecido, la reina cogió la corona y se dispuso a glorificar al héroe ante todos los espectadores, pero entonces la mano de Teseo la detuvo. Bastó con que se miraran; no fueron necesarias las palabras. Exultante por el éxito de Hipólito, el rey le arrebató la corona a su esposa y después se apresuró en busca de su hijo para que los clamores entusiasmados de los atenienses arropasen a los dos e hicieran también suya la victoria.

◊◊◊

Se sonrojaban las nubes lejanas en un cielo que se iba apagando cuando padre e hijo remontaron la pendiente y luego, llegando al recinto sagrado, atravesaron la portalada. Aunque tampoco ahora la conversación florecía entre ellos, parecían caminar en calma y a gusto uno junto al otro entre los templos y los altares dedicados a los dioses y héroes de la ciudad. Se diría que habían logrado hallar alivio para las cuitas de sus respectivas almas en el fresco del atardecer.

Había pedido el rey que la nutrida escolta de los últimos días permaneciera colina abajo para gozar de este momento de intimidad con su hijo, pues bien sabía la trascendencia que tenía para él. A su vez, él mismo detuvo sus pasos a los pies de la breve escalinata sobre la cual se alzaba el templete dedicado a la virgen cazadora, tan adorada por el trecenio. Mientras Hipólito ascendía por los escalones, encerrado en sí mismo, con la cabeza baja y la mirada fija en sus pasos,



La reina agarró la corona y se dispuso a glorificar al héroe ante los espectadores.

alcanzó a oír el monarca que comenzaba a canturrear, como un murmullo, un himno en honor a la diosa.

Una vez dentro del recinto, que —como correspondía— era de reducido tamaño y austero, vacío, el muchacho se hincó de rodillas ante la imagen de Ártemis.

—A ti, eterna y muy venerable, nacida de Zeus y de Leto, la más hermosa con mucho de las doncellas, te traigo esta corona después de haberla ganado. Está hecha con el metal que tanto pudre a los hombres, pero yo lo he purificado trenzando en ella flores de una pradera intacta, solo recorrida por la abeja primaveral y cultivada por el rocío de los ríos. Acepta el regalo que ofrece mi mano devota para tu divino cabello y concédeme el privilegio que tanto anhelo, este que una vez más te pido: que sea yo el único de todos los desdichados cuyos pies impíos hollan el anchuroso pecho de la madre Tierra que tenga la fortuna de poder reunirme contigo e intercambiar palabras de amistad. Tengo por seguro que siguiendo tu camino, tal como dijera tu voz en mis oídos desnudos, sería capaz de evitar la implacable meta que me impone mi condición de mortal y vencer el límite de vueltas que me depara el destino.

Con estas palabras, depositó a los pies de la divina imagen la corona que consagraba su victoria en la carrera de carros, y luego de entonar otro himno con voz queda, se alzó y salió. Se volvió a reunir con su padre y caminaron juntos de vuelta por el sendero que atravesaba el santuario. El rey le miraba de soslayo, sobrecogido por la mirada beatífica del muchacho. No había podido evitar oír algunas de las palabras que había elevado a la virgen celestial y eran muchas las consideraciones que bullían en su pecho. Pareció que finalmente no era capaz de callarlas y se decidió a hablar:

—Hijo, ¿aceptarías de mí una pregunta? —dijo, a lo que el otro respondió con un gesto de anuencia—. Quizá conozcas que es común entre los hombres odiar la soberbia. Y es con razón, porque, no hay hombre soberbio que no resulte odioso. Mucho más se aprecia la humildad, por el contrario, que a muchos satisface. ¿Crees tú que entre los dioses sucede lo mismo?

—Sí —respondió su hijo sin dudarlo—, porque nosotros, como mortales, seguimos las leyes que establecen los dioses.

—Y siendo así, ¿cómo no invocas tú a una diosa que es venerable e ilustre entre los hombres y que solo tiene infelices a quienes la olvidan?

De súbito se detuvo Hipólito, sintiéndose retado e importunado al mismo tiempo.

—¿A cuál?

—A esta ante cuya puerta pasamos. —Teseo señaló un templo que quedaba muy cerca, el de Afrodita. Delante de él se levantaba un altar que estaba rodeado de exuberantes ofrendas de toda suerte. No pocas de ellas eran figurillas de la más bella factura que representaban palomas, pues esa era el ave consagrada a la diosa del amor, la que a menudo la acompañaba en cortejo, sujetándole la cola del vestido o adornando con flores su deslumbrante cabello.

—Ninguno de los dioses venerados de noche me resultan agradables.

Intensamente hundió la mirada su padre en el interior de los ojos del joven.

—Hay que honrar a todos los dioses, hijo mío.

Hipólito replicó con altanería:

—A Afrodita le mando mis mejores saludos, pero desde lejos.

Dando la espalda a su padre, se fue en busca de la portalada del santuario. Teseo quedó atónito ante su arrogancia, inmóvil, sin atreverse a pasar la vista de nuevo por el templo de la inmortal de los dulces placeres. Sin embargo, antes de reemprender el camino tuvo que hacerlo: se volvió hacia allí y no pudo dejar de fijarse en uno de aquellos exvotos en forma de paloma y suplicarle perdón con su mirada atribulada por las palabras insensatas que, por su juventud, a impulsos de un corazón vigoroso, le había dirigido su hijo. No sin desazón se perdió pendiente abajo.

Si hubiera permanecido allí apenas por el espacio de un suspiro hubiera sido testigo de un portento todavía inédito para él: tan pronto como dio la vuelta se abrió una fisura en la superficie de la figurilla en la cual había reparado, un raja que, según lo alejaban sus pasos, se fue prolongando y ramificándose, serpenteante, hasta haber agrietado el cuerpo por entero. Se partió la superficie luego como la cáscara de un huevo para que liberara ansiosamente sus alas una verdadera paloma, de carne y hueso, aunque de la misma forma y color que la paloma representada. Con su aleteo, el ave produjo un estallido de pedazos en todas direcciones, tras el que alzó el vuelo sin perder tiempo. Rápidamente tomó altura y, desde su posición privilegiada, rastreó el mundo empequeñecido bajo sus patas. En la falda de la colina, dirigiéndose hacia el bosque en solitario, halló a quien buscaba: el joven Hipólito. En él clavó sus ojillos negros, en los que brillaba una inteligencia que no era animal ni tampoco humana, sino de una naturaleza mucho más poderosa, perdurable, celestial.



LA IRA DE LA DIOSA

Acamante y Demofonte correteaban por la cubierta, alterados por la emoción del viaje, llenos de curiosidad por las tareas que ejecutaba la marinería a las órdenes del capitán. La vieja Antía los advertía dando voces preocupadas de que podían hacerse daño, aunque no lograba que le hicieran caso, porque los vaivenes de la nave la obligaban a mantenerse sujeta y no podía ir detrás de ellos. La isla de Salamina empequeñecía a popa. A pesar de que el bajel navegaba con las velas desplegadas y un viento favorable, Fedra podía escuchar el rítmico golpear de los remos en la superficie del golfo Sarónico y la proa hender decidida las aguas para bordear Egina. A ese ritmo estarían en Trecén a la hora del almuerzo.

Del mástil mayor al bauprés, una lona suspendida daba refugio al implacable sol del mediodía. La reina permanecía en el extremo de la proa fuera del tendal y, mirando al hori-

zonte, veía crecer Metana y, más allá, Poros. Todavía le dolía muy adentro en el pecho lo sucedido al final de la carrera de carros y cada vez que contemplaba el navío de Hipólito, que iba delante del suyo, se redoblaba su rencor hacia su esposo, que navegaba en su propio barco, cerrando la comitiva, acompañado de algunos jefes.

Acabados los grandes fastos de la ciudad, Teseo había decidido acompañar a su hijo en el regreso a Trecén para visitar al sabio Piteo, su abuelo. Al recibir el anuncio, Fedra se había sentido feliz pensando que tal vez el cambio de aires acabaría con el ambiente sombrío, preñado de presagios funestos y con el secretismo que se había vivido en el palacio desde el atentado contra la vida del rey. Sin embargo, Teseo seguía distante y departiendo furtivamente con todos aquellos rudos hombres que ahora lo rodeaban de continuo.

Saliendo al sol, Fedra se acercó a la borda, donde cerró los ojos y alzó el rostro para encararse al calor. La proa cabeceaba tras salvar una ola y embestir la siguiente, dándole una placentera sensación de caer en el vacío. El murmullo de un aleteo la sacó de su ensimismamiento. Una paloma se había posado en la borda, muy cerca, y parecía curiosear el interior del barco con los movimientos nerviosos de su cabecilla. Habiendo dado un buen repaso, alzó el vuelo. Fedra la observó alejarse en dirección al navío de Hipólito.

◇◇◇

La recepción en el muelle estaba encabezada por Piteo y su escolta, así como por una larga columna de sirvientes, mujeres y hombres, preparados para transportar los enseres

de los preclaros visitantes y portarlos subidos en sillas, protegidos bajo tendales que sujetaban con largas varas. Apenas desembarcaron, Teseo fue en busca de sus dos retoños para llevarlos al encuentro del bisabuelo, que los abrazó con inmensa ternura, pues los amaba por ser quienes eran a pesar de que ellos lo observaban con timidez, puesto que se conocían poco. Desde que nacieran, la avanzada edad le había dificultado el trayecto y Teseo se mostraba remiso a realizar aquella corta travesía.

Después, vio Fedra con asombro que, en lugar de continuar por el camino con ellos hasta el palacio, su esposo se apartaba, con todos los suyos, para reunirse con un grupo de hombres de piel cobriza, ojos hundidos y aspecto siniestro, con los que desapareció en dirección a una parte alejada de los muelles, donde se hallaban los astilleros.

Habiendo ocupado la reina y sus hijos los respectivos asientos, alzados por esclavos sobre recias varas, el viejo soberano de Trecén dio una señal y la columna arrancó el paso. Mientras se bamboleaba sobre su sitial, Fedra buscaba la figura de su hijastro adelante y atrás sin éxito: Hipólito también la había abandonado.

Un ejército de sirvientas y esclavas la aguardaban a la entrada del palacio. Desde allí la condujeron, junto con sus hijos y la nodriza, a las habitaciones que habían dispuesto para ellos. Esforzándose hasta el detalle para que su estancia fuera agradable, el anciano Piteo había mandado decorar las paredes del ala del palacio que la alojaría con cenefas de delfines azules que saltaban entre espuma blanca, como aquellos que, según sabía, se veían en la casa de su padre en Creta. En la sala que comunicaba la veranda abierta al

jardín con su dormitorio halló Fedra, conmovida, la escena pintada de un hombre que saltaba sobre un toro, un motivo muy popular en la isla que la había visto nacer.

A la vuelta de un paseo por el jardín con los niños, vio que las sirvientas habían dispuesto sobre el lecho un hermoso vestido con arreglos exquisitos y que en la sala de baño estaban llenando de agua caliente una bañera de mármol con bellas filigranas de oro. En la puerta le anunciaron la visita del cocinero, que venía a interesarse por los hábitos y preferencias de los linajudos convidados. Era natural de Síbaris, una próspera colonia fundada en tierras del oeste por los trecenios. Hablando con él, se dijo Fedra con el alma jubilosa que muy bien podría tolerar una permanencia prolongada entre aquellas gentes. Pero tan pronto como tuvo ese pensamiento se ensombreció su ánimo. De repente le asaltó la idea de que, ciertamente, todas aquellas disposiciones daban la impresión de preparar una estancia de duración indefinida.

◇◇◇

Al día siguiente, durante una mañana de tranquilidad en el gineceo, las sirvientas distrajeron a los niños con cantos y juegos, sin que aparecieran ni Teseo ni Hipólito. Fedra reencontró a Piteo a la hora del almuerzo, servido en el comedor de diario, y le agradeció de inmediato las muchas atenciones. Tras lavarse las manos, mientras se repartían las servilletas y el pan, y la mesa se llenaba de las viandas preferidas de los atenienses, el anciano, encantador, pidió que los pequeños se sentaran a su vera para deleitarlos con floridas historias de las aventuras realizadas por Teseo.

—Buen rey —dijo Fedra, aprovechando el buen ánimo de su anfitrión—, mi pecho se angustia por la ausencia de mi esposo. ¿Dónde está? ¿Te es posible decírmelo?

—Nada has de temer, hermosa reina, sino cultivar la paciencia —le respondió Piteo, regalándole una dulce expresión.

Sin embargo, Fedra únicamente se sintió más desazonada y molesta por verse desplazada a un rincón. Como todos en la mesa echaban mano a las fuentes bien repletas, pretendió hablar con indiferencia cuando dijo:

—¿Y del príncipe, qué ha sido? Gozaron sus hermanos de su compañía a lo largo de todas las fiestas y ahora preguntan cómo es que no nos muestra esta tierra por la que debería sentir orgullo, ya que se ve tan hermosa y próspera, y que algún día ha de gobernar.

—Hipólito gusta de vivir con el cielo por testigo, de caminar sobre la hierba desnuda entre aves que trinan y ramas movidas por el viento, oyendo el dulce murmullo de un arroyo entre flores recién abiertas, tal como vivieron aquellos a los que, mezclados con los dioses, dio a luz el principio de los tiempos. Es por ello que me esfuerzo en recordarle el camino que para él está tendido y al que no puede sustraerse, pues no solo a los dioses se debe, sino también a su linaje.

Tras estas palabras, apuró la copa que acababan de servirle. Nada respondió Fedra, sino que fingió aplicar su atención en la sabrosa comida.

Cuando todos hubieron saciado su hambre y su sed, el fatigado rey volvió a sus aposentos y los niños se retiraron a descansar. Fedra los dejó al cuidado de la nodriza y salió a pasear en busca del aire fresco de los jardines de la mansión. Guiada por las sirvientas, pasó por una galería cubierta que

discurría por el costado de un patio, en la cual halló entreabiertos los portalones que conducían al ala occidental. No bien la hubieron informado de que allí se encontraban las estancias que ocupaba Hipólito, cometió una indiscreción del todo impropia que provocó el nerviosismo de algunas acompañantes y la risa por lo bajo de otras: se coló por la puerta.

La primera sala principesca, en la que Fedra hubiera esperado hallar un espacio que ofreciera descanso en cómodos divanes, era un taller con un extenso banco de carpintero ocupando el centro y los rincones repletos de amontonamientos de varas de madera de distintos tamaños para la confección de diferentes proyectiles. Martillos, sierras, buriles, cepillos y toda suerte de herramientas se veían dejados aquí y allá sin cuidado, para continuar con ellos más tarde. Al otro extremo, se veía una mesa de pino con una banqueta del mismo material, y encima de ella, frascos de distinto tamaño conteniendo hierbas y bálsamos naturales.

Crujieron las virutas de madera bajo sus pies cuando se acercó al banco para ver los trabajos que Hipólito tenía por finalizar: flechas y lanzas de preciosa factura. Vio el asta de una jabalina ya pulida y no pudo reprimir el deseo de sentir su tacto. Distraída, acercó los dedos y pasó la yema por la superficie: era suave y rígida al mismo tiempo. Apenas tomó conciencia de ello, sintió de pronto que las mejillas le ardían. Un pensamiento loco había cruzado por su mente.

—¡Señora, por los dioses venerables! —le imploraban con voz queda las sirvientas desde la puerta, sin atreverse a seguirla al interior de aquel espacio inviolable para ellas.

No les había hecho caso alguno hasta el punto de no oír sus llamadas, pero ahora, después de lo que se le había pasado por

la cabeza, se sintió tan alterada que encogió la mano como si el asta se la hubiera quemado y salió corriendo. Huyó por la galería a toda prisa con las esclavas, desconcertadas, a la zaga. Quería pensar que la distancia le serviría para apartar de su mente aquella perturbadora idea, pero no era así, sino al contrario: cuanto más corría, más se le aceleraba el corazón.

◦◦◦

Al día siguiente, después del refrigerio más temprano, llegó al gineceo un guardia para comunicar a la reina ateniense que Piteo deseaba verla. Un murmullo de consternación corrió entre las sirvientas, pues habían sido pocas las que habían sabido guardar para sí lo sucedido la tarde anterior. Conducida hasta el señor de la casa y soberano del reino, Fedra preparaba su defensa mediante el recurso de hacer valer su dignidad real y mostrarse indignada por la desconfianza. No obstante, cuando entró en el gran salón, lo halló sumido en un gozoso caos: el de la preparación de un gran banquete. El rey contemplaba los trabajos sentado en su trono de maderas nobles bellamente taraceadas.

—¡Hermosa reina! —dijo el anciano con gesto luminoso al verla llegar—. El príncipe volvió ayer al caer la noche. Ahora descansa, pero es hora ya de que cumpla con sus deberes. Esta noche honraremos a nuestros ilustres convidados como es debido.

La reina ateniense notó un estremecimiento en el alma. Absurdamente, pues no tenía razón defendible para ello, la idea del regreso de Hipólito le producía una excitación juvenil, una felicidad que no sentía desde hacía largo tiempo. Desorientada por ello, se lo negó a sí misma al punto de fruncir

el ceño, lo cual no supo Piteo cómo interpretar y, confundiéndolo con otra cosa, quedó alarmado:

—Ya es tarde para reparar su grosería, bien lo sé. ¡Torvo, hostil, altanero! —refunfuñó—. ¿Cómo podría domar el alma inflexible de mi nieto? Sabed, nobilísima Fedra, que yo mismo he suplicado a la diosa de los bosques con el fin de que preste atención a quienes lo amamos y ablande su pecho salvaje para que aprenda a devolver ese amor, para que comprenda al fin que nuestros destinos están enredados y que si él sangra, sangramos nosotros; si él se pierde, nos perdemos todos; si él abandona el trono, abandona a Trecén y a Atenas, a su padre, a sus hermanos, a ti, la más bondadosa de las mujeres.

Sentía ella que el aire no le entraba en el pecho ante aquellas palabras tan encendidas. Sí, debía amar a Hipólito e Hipólito debía amarla a ella. Sin embargo, no estaba segura de que la naturaleza del sentimiento por el muchacho que estaba descubriendo en su interior fuera la adecuada. Intentando sosegarse, apoyó la mano delicada sobre el brazo del anciano.

—Será un banquete magnífico —dijo Fedra cariñosamente—. Que no falten la música: liras y flautas en festiva lid, solo eso te pido.

Entonces Piteo puso la mano sobre la de ella y sonrió, enternecido. ¡Qué fortuna la de su nieto al haber desposado a tan gran reina!

◇◇◇

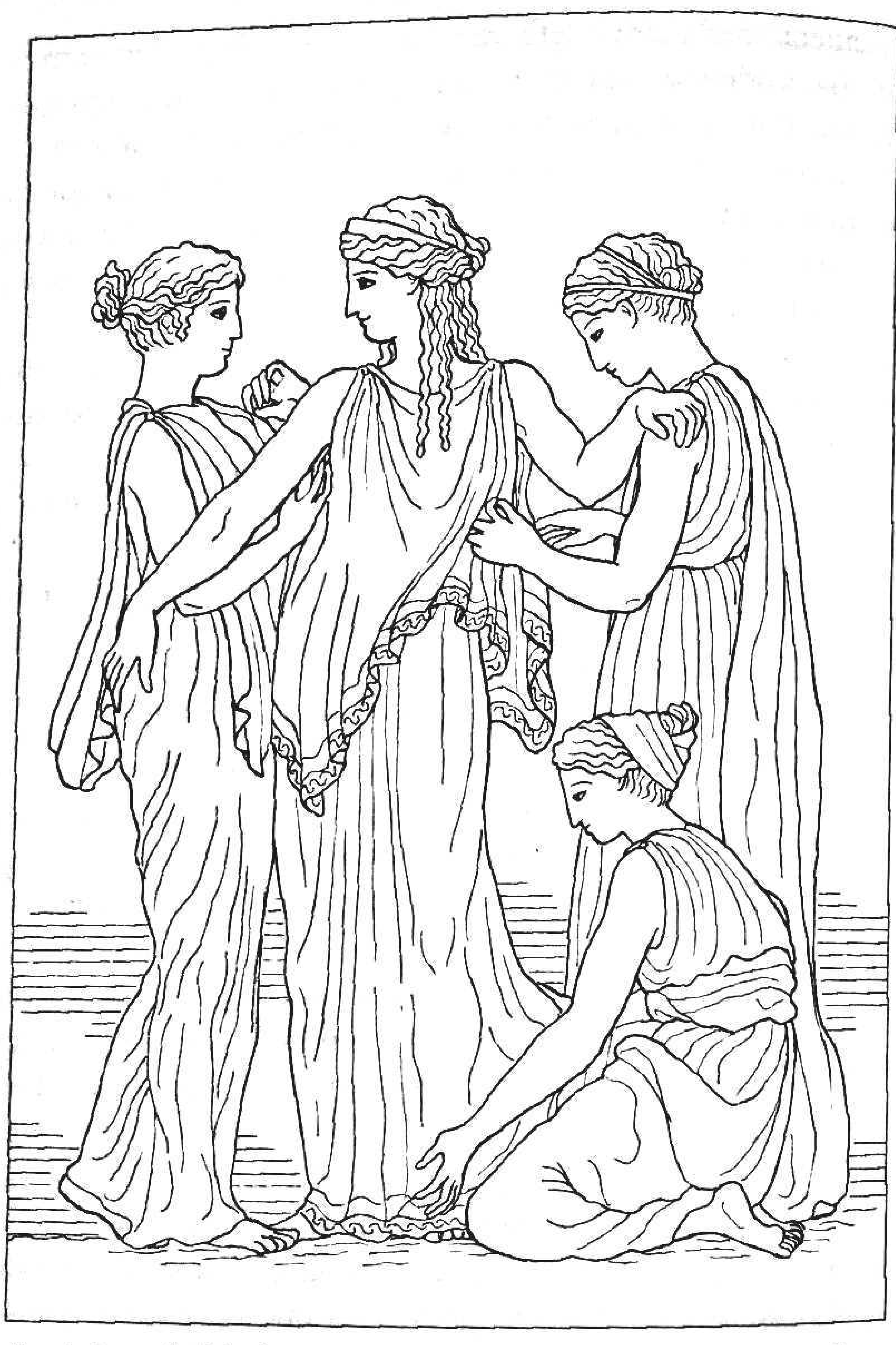
La reina de Atenas, convidada de honor en el palacio de Trecén, tomó un largo baño y dejó que la ungieran con perfumes y aceites. Después se puso en manos de sirvientas

versadas en el cuidado y el realce de los cabellos y, más tarde, de las costureras más habilidosas. Las primeras cepillaron su brillante melena azabache y luego la recogieron en un rodete; las segundas, ajustaron sus vestidos de modo que marcasen su figura como en los tiempos de su mocedad. Por último, se aplicó maquillaje de colores suaves, muy naturales, que exaltaban su hermosura sin que se percibiera su presencia ni se intuyera su acción. Cuando se puso ante el gran espejo que, sostenido por esclavas, le permitía verse de cuerpo entero, permaneció inmóvil como la estatua de una diosa y, viéndose tan radiante, se dijo que no hacía tanto que, en lugar de esposa y madre, de reina incluso, había sido solo una muchacha ingenua, juguetona y feliz, una chiquilla cuya única preocupación era preguntarse qué apuesto joven le robaría el corazón, sin saber que no habría tal joven ni tal robo, sino un acuerdo entre poderes y doblegarse ante el deber.

Desde el exterior llegaba una brisa refrescante y el monótono concierto de los grillos que la creciente sombra iba convocando poco a poco. Era hora de acudir al banquete.

En el gran patio vio ensayando a los aedos, que hacían ejercicios de voz para los cantares y poemas épicos. También pudo ver a los músicos templando sus instrumentos en las columnas del pórtico. Satisfecha, entró en la gigantesca sala, donde sirvientes cargados de fuentes y jarras servían ya a los invitados, gentes nobles de Trecén, que se pusieron en pie para saludarla hasta que tomó asiento junto al rey Piteo.

En el centro de la sala se habían reunido los atletas trecenios que habían participado en las Grandes Panateneas. Ayudado por su bastón, el monarca empezó a golpear el suelo de la tarima como si fuera un tambor mientras jaleaba a los



Las sirvientas de Fedra la ungieron con perfumes y cepillaron su brillante melena.

atletas que habían defendido el honor de la ciudad entre las más poderosas de toda la Hélade. Todos los presentes golpearon con las palmas de las manos en las mesas. Siguiendo a su rey, lo hacían cada vez cada vez más rápido, hasta que fue imposible aumentar la intensidad y todo fue simplemente una enorme algarabía. Entonces estallaron todos en risas y vítores de entusiasmo.

Buscaba Fedra, deshecha en aplausos y roja de euforia, a Hipólito en medio del jolgorio, pero no lograba encontrarlo por ninguna parte. A su marido no esperaba verlo ni lo echaba de menos; sin embargo, cuanto más escudriñaba la sala sin hallar al príncipe, más se le helaba el alma.

—No veo al príncipe. ¿Ha de venir? —preguntó a Piteo según se fue apagando el bullicio.

El rey salió al paso hábilmente, aunque no sin sofoco:

—Así se lo he pedido, ilustre reina.

Entró el primer cantor y entonó un precioso relato de amores entre ninfas y dioses mientras la concurrencia echaba mano a los soberbios manjares y corría el vino. Sin embargo, a pesar de la promesa de Piteo, Hipólito no compareció. Al final de la velada vino en su lugar un mozo de las caballerizas —con aire medroso al ver que se le franqueaba el paso al festín— para explicarle al rey cómo había ido el nacimiento. Supo Fedra entonces que una yegua de Hipólito, que había sido cubierta por el mejor semental de los establos reales, se había puesto de parto justamente al inicio de la cena y que el príncipe había acudido a asistirla. Luego, como el potrillo todavía no se había levantado, había querido seguir junto a él hasta que lo hiciera, pues hasta que no empezara a lactar no podrían asegurar que tenían otro excelente semental.

Todo esto escuchó ella en boca del enviado como si le interesase lo más mínimo la cría caballar, pálida, muda, sintiendo un vacío en el estómago. Súbitamente percibía el maquillaje seco sobre su piel y creía que el cabello le dolía en la cabeza por el rodete aunque no estaba prieto en realidad. Entonces se dijo que era una estúpida y su único deseo, un anhelo incontenible, fue volver corriendo a su dormitorio y echarse en la cama para hundirse en sus cálidas sábanas. Pero se contuvo y, como la ilustre hija del gran Minos de Creta y reina de Atenas que era, aguantó hasta que el cansado Piteo tuvo a bien despedir a los invitados y que los sirvientes se lo llevasen finalmente a dormir.

◇◇◇

La paloma se posó en un travesaño de la puerta del establo, abierta de par en par. Ya extendía la bella aurora sus dedos rosados sobre el mundo, trinaban los pájaros quejumbrosos y cantaba el gallo de tanto en cuanto allá en el corral. Dentro, el potrillo se sostenía precariamente sobre patas delgadas y temblorosas y mamaba de las ubres de la blanca madre, pero Hipólito no podía percatarse, pues yacía en el suelo, finalmente dormido por agotamiento sobre un montón de paja. Asustándose por una llegada imprevista, el ave batió las alas y fue volando hasta detenerse sobre el armazón del carro con que el príncipe había vencido en Atenas, que yacía a un lado, entre una multitud de avíos. Fedra asomó en la puerta y, como vio que no había nadie más que el joven, se atrevió a entrar.

Tenía el rostro arrasado por la falta de descanso, cárdenas las cuencas de los ojos, el cabello revuelto. Se había echado

al cuerpo el más sencillo de sus mantos, fijado con un broche en el hombro. Acercándose lentamente, contempló a Hipólito adormecido. Con los ojos cerrados y los miembros en relajación parecía inmaculado, perfecto, irreprochable. Era hermoso, a qué negarlo —se concedió a sí misma tras toda la noche de rabia e insomnio—, y también inocente como un bebé, incapaz de causar daño, o al menos no sin un desgarrador conflicto consigo mismo.

Se despertó él tras otro intento del gallo y, al descubrirse observado, se incorporó con pudor. Como vio que el potrillo estaba de pie y lactaba, quedó inmóvil, contemplándolos. La yegua alzó la mirada hacia Hipólito mientras abría los ollares y agitaba los belfos en un plácido relincho. En ese momento, Fedra percibió que el rostro del muchacho se encendía con una luz que jamás le había visto antes y notó ella que la garganta se le secaba. Solo así era feliz, entre sus animales, conciliando ligeros sueños sobre la paja, lejos de los lujos de los reyes y su poder amasado con angustia.

En estos pensamientos atribulados se abismaba, incapaz de apartar la vista de él, sin reparar —pues no resultaba posible— en que aquella paloma que había espantado en la puerta era la misma que había visto en su barco mientras surcaba el golfo Sarónico en la travesía hacia allí. Sin embargo, la atenta ave sí se había fijado en ella, igual que se había fijado en todo lo que rodeaba a Hipólito. Y ahora, al ver su comportamiento y su mirada, al intuir su turbación, en virtud del poder que le otorgaba su conexión con la diosa de los dulces placeres, clavó sus ojillos negros sobre la reina y exploró lo que albergaba en su pecho. En cuanto tuvo el conocimiento absoluto de sus interioridades, supo que ha-

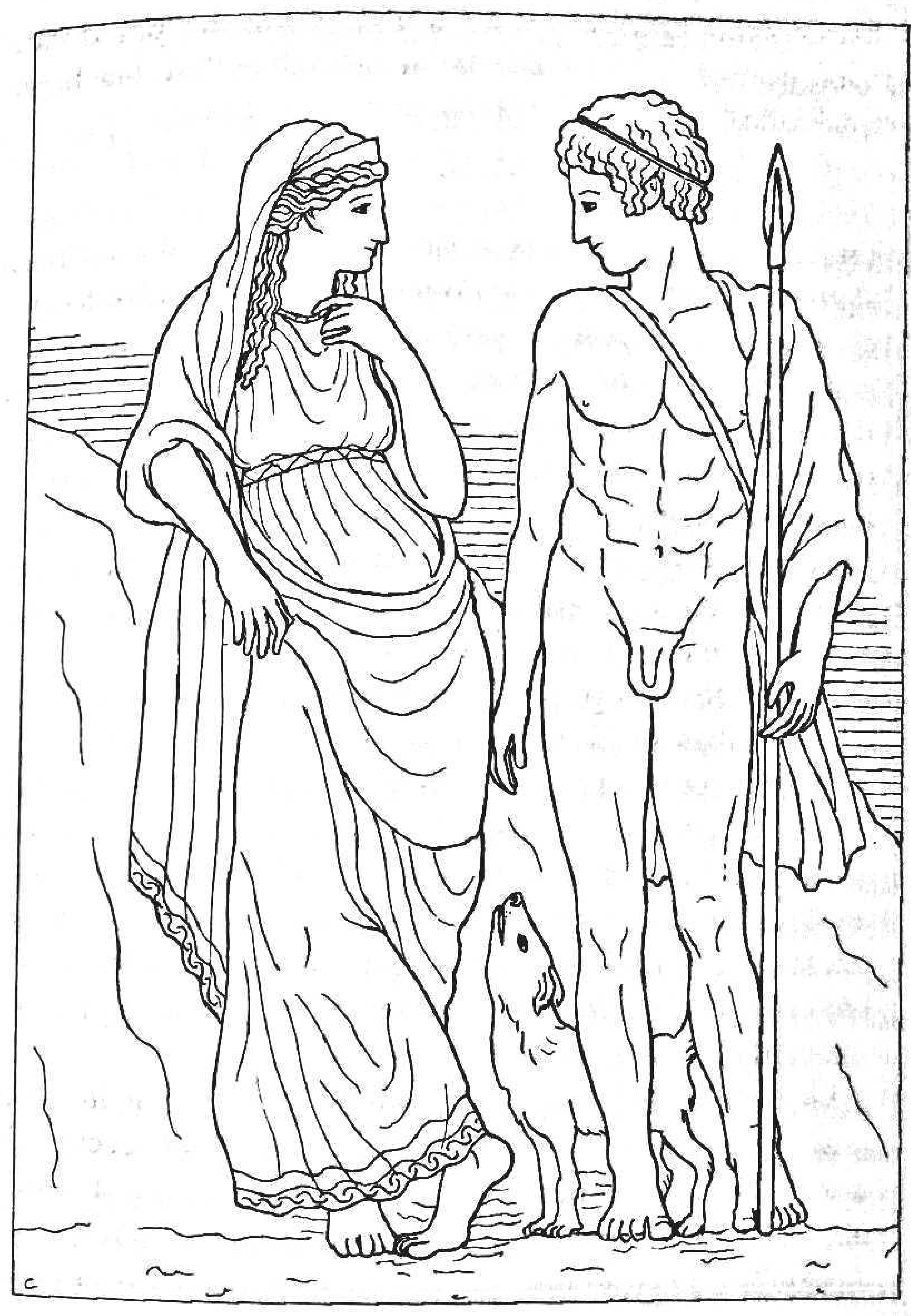
bía encontrado lo que buscaba y salió volando por donde había venido. La tarea que le encomendara Afrodita había finalizado.

◇◇◇

Estaban solo ellos dos en la partida de caza. Él iba sin ropa alguna, magnífico, con su broncíneo cuerpo brillando por el aceite perfumado y perlado por el sudor. En la diestra, la jabalina, y en la siniestra, una ligera lanza con astil de fresno. Ella vestía con el ligero traje de una amazona, el escudo de media luna sujeto al brazo izquierdo, una espada corta y curva empuñada en la mano derecha. La jauría de lebreles perseguía con gran escándalo a la cierva de Creta, empujándola a salir del bosque de encinas y alcornoques al jaral. ¿Qué paraje era ese? Fedra no lo reconocía.

Con el corazón palpitante, sin percatarse de los arañazos que laceraban su blanca piel, la hija de Minos corría con todas su fuerzas, concentrada en que el audaz vástago de Antíope, adelante, no se alejara de ella en la veloz carrera. Era la fuerza del deseo la que le impelía tras la nervuda armonía de su espalda, la rotundidad de sus brazos, la firmeza de sus muslos, como un invisible hilo que jalara obstinado de ella. No obstante, bien lo sabía: como el de las moiras, aquel hilo solo acababa en agonía.

En la linde del bosque, Hipólito se detuvo y gritó a los canes, que hicieron lo propio y quedaron mudos, cercando al venado. Era una hembra joven, había detenido su alucinada huida y permanecía inmóvil con el pecho agitado por el esfuerzo entre arbustos de espliego y de romero. Solo un suspiro después, Fedra le dio alcance.



Fedra observó con el corazón palpitante el broncíneo cuerpo de Hipólito.

«¿Quieres ya morir?», pareció que susurraba él, hablándole al venado.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Fedra: «Sí, quiero morir y que sea por tu mano, amado mío».

Hipólito adelantó el pie izquierdo, cargó el peso del cuerpo en la cadera derecha, y extendió atrás el brazo. Fedra contempló extasiada la contracción de los músculos del hombro mientras el brazo se disparaba y la lanza salía, cimbreante y paralela al suelo, para hundirse en el costado del animal.

Era su momento: abandonó el escudo y en un par de zancadas alcanzó a la cierva herida, derribándola mientras el filo de su espada entraba a degüello. Acalló su berrido doliente con un certero tajo y ambas quedaron allí tendidas en el jaral, las dos con la vida escapándosele a borbotones del agónico corazón. Empapándose con la sangre que manaba de su propio cuello, abrió las piernas para entregarse a Hipólito, que ya se echaba sobre ella. Notó primero el tirón en la cabellera que alzó su rostro al cielo, después el resoplar de la bestia en el cuello y las fauces abiertas que hieren y no siempre matan. Después, sin más preámbulos, el fiero envite que la fue desmadejando rápida, violenta y sincopadamente. Lo último que vio antes de que se desvaneciera el mundo fue una paloma en la rama de un árbol, observándola con mirada torva.

—¡Fedra, esposa mía!

Abrió los ojos la reina de Atenas en el desbarajuste que era su cama, lívida y empapada de sudor, todavía aturdida por el sueño y la congoja que le había causado la pesadilla. Teseo estaba ante ella, vestido con todas sus armas, y la había tomado de los brazos para despertarla. Se agitaba a través de la puerta entreabierta la lumbre de las antorchas que ardían

en el patio en manos de guerreros que se apresuraban arriba y abajo. Era todavía noche cerrada.

—Querida Fedra, marchamos sobre Palantio ahora mismo —le explicó él, apremiado, pareciendo que devoraba sus propias palabras. Ella lo miraba, entendiendo con lentitud—. ¿Podrás disculpar el trato indigno de tu generosidad que te he dado estos días? Era imperativo mantener ocultas mis intenciones y clandestinas disposiciones que debía tomar. Tengo por cierto que mis enemigos no albergan la menor sospecha de que el cielo va a caer sobre sus cabezas. Pero, si los dioses no me son propicios en el asalto y la expedición no regresara, no quiero que recuerdes solo la puerta que cerré delante de ti, sino que hice cuanto fue necesario para conquistar la tranquilidad de los míos.

Tal diciendo, la besó y luego la estrechó entre sus brazos. Lágrimas espesas manaron en silencio del rostro abrumado de la reina.

—Amado mío —murmuró con la mirada perdida en la oscuridad.

Él la dejó en la cama para que siguiera reposando y luego se alzó y salió por la puerta mientras resonaba cada uno de sus pasos con metálico entrechocar. Tendida, Fedra sintió súbitamente que la abandonaban todas las fuerzas, porque, por mucho que buscaba en su alma, no se veía capaz de asegurar por quién vertía aquellos sollozos ni a quién le dirigía aquellas palabras.

4

Desastres anunciados

Llamado de urgencia, el médico Hemón intentó infructuosamente hallar la fuente del dolor que afligía a Fedra y recomendó descanso e infusiones relajantes. Fedra no abandonaba el lecho ni acercaba comida a su boca, sino que, abrigando su cuerpo con velos ligeros, se sumergía durante horas en una somnolencia enfermiza. Como el palacio se hallaba en tensa espera, aguardando noticias de la expedición militar contra Palantio, el anciano Piteo atribuyó la postración de la reina ateniense a la angustia por el destino de su esposo.

Sabía el rey trecenio que al amanecer se habrían agrupado las fuerzas que había convocado Teseo: sus aliados peloponesios y las tropas atenienses que habían cruzado el golfo Sarónico en medio de la noche y desembarcado al otro lado de Corinto para no ser vistos. Tal vez se había iniciado ya la marcha sobre la ciudad o quizá se reunían aún las tropas

con prudencia para no ser descubiertas. Ansioso aguardaba Piteo la llegada de un mensajero con noticias. Entretanto, el príncipe —que había pedido acudir al combate pero su padre había querido preservarlo del peligro para no arriesgar la sucesión de Trecén— había salido a capturar un venado vivo para ofrecérselo a Ártemis por el nacimiento del potrillo.

Habiendo dejado a Acamante y Demofonte al cargo de las sirvientas de palacio, la nodriza Antía no abandonaba los pies de la cama de su reina, a la que quería como a una hija, pues ella era también quien la había criado y la había acompañado a Atenas en el séquito que había traído desde Creta. En tanto que observaba la respiración pesada de la que aún llamaba íntimamente su «querida niña», se preguntaba desesperadamente cuál debía ser la naturaleza del mal que la consumía. No podía creer que fuera la tensión por el desenlace del asalto a Palantio lo que la abatía. La fortaleza ante la desgracia y la resistencia a los muchos dolores —desde los del parto a la pérdida de los seres queridos en la guerra— armonizaban con la naturaleza de Fedra, pues era la condición propia de todas las mujeres. No, era otro dolor el que encadenaba su alma al lecho.

¿Habría cometido su querida *niña* una falta contra alguna diosa, tal vez por no haberle ofrecido los sacrificios debidos? ¿Habría sabido quizá que a su esposo otro amor lo cuidaba a escondidas de su lecho? ¿Algún marino que zarpase de Creta había llegado al puerto de Trecén, tan hospitalario para los navegantes, trayendo una mala noticia del hogar de su madre?

Como vio que las sábanas revueltas la agobiaban, las arregló, y en ese momento Fedra despertó. Dulcemente fue a tomar sus hermosas manos.

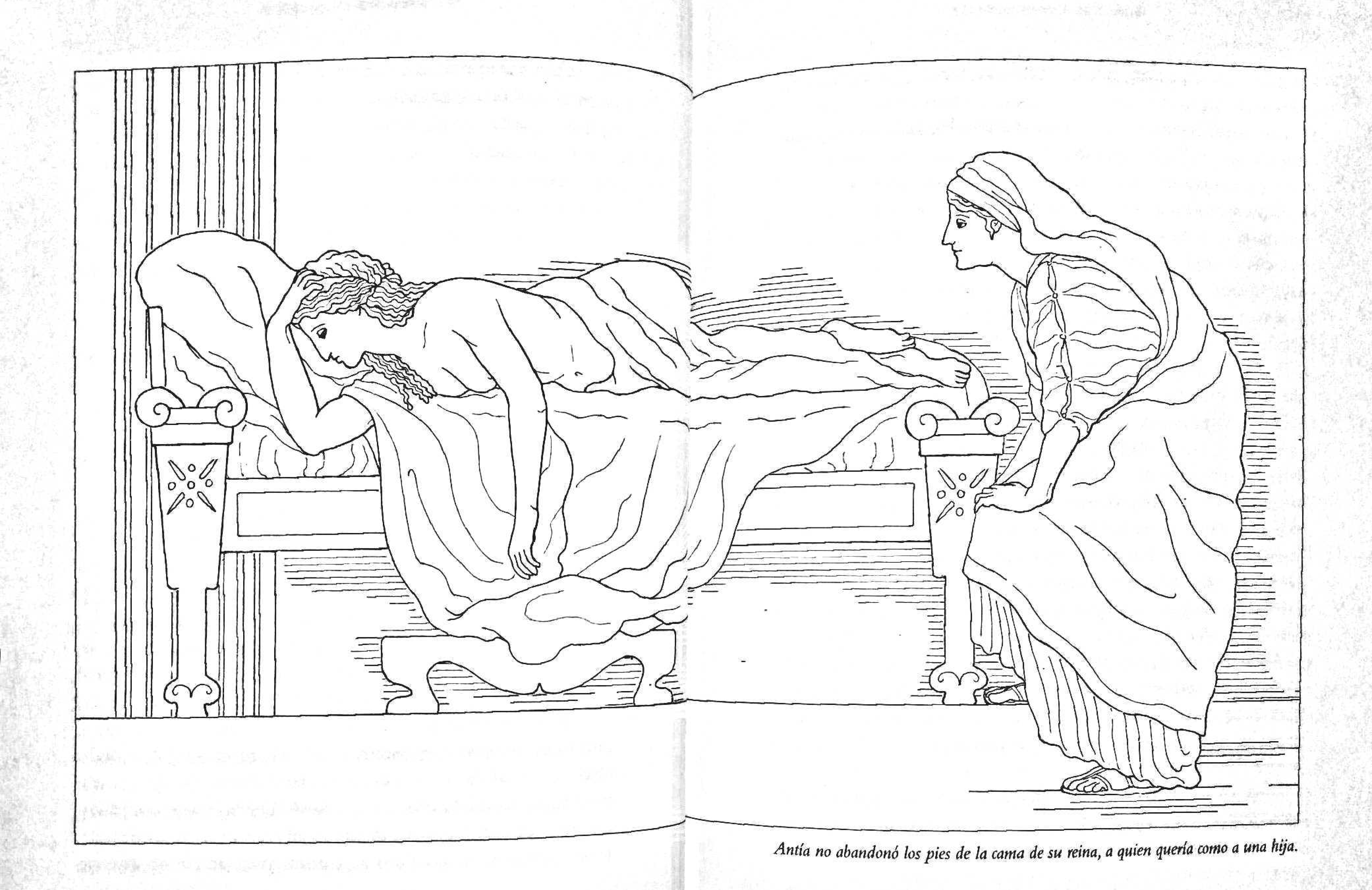
—Con tranquilidad y voluntad noble soportarás tu enfermedad más fácilmente —susurró.

Lívida, se le acercó la reina con gesto soñador.

—¡Llévame al monte! Caminaré entre los pinos, donde corren los perros persiguiendo a los ciervos moteados. ¡Deseo azuzarlos con mis gritos y lanzar la jabalina con mi propia mano! —dijo, como si delirase. Le sonreía la nodriza en silencio, sin comprender por qué la reina agitaba su mente con aquellos pensamientos. De pronto, se soltó y se retorció en el lecho con gesto dolorido—. ¿Qué he hecho? ¡Cúbreme la cabeza! ¡Me avergüenzo de lo que acabo de decir!

Antía sintió un estremecimiento. Sus muchos años le habían enseñado muchas cosas. Si había un sentimiento capaz de reptar en silencio hasta llegar a los tuétanos del alma y luego estallar de modo inmoderado, un sentimiento que a menudo causaba más dolores que alegrías y que consumía la salud con la fuerza no de uno solo sino de dos, ese sin duda era el amor.

—Querida niña —dijo, con voz sosegada—. Olvida las palabras que se dicen sin pensar y despeja el ceño y el camino de tu mente. Si padeces una enfermedad que se puede dar a conocer a los hombres, dilo para referirlo al médico y que sepa ayudarte. Mas, si estás enferma de algún mal que no se puede revelar, aquí tienes quien te sabrá entender para reconfortarte. —Antía se calló y se quedó contemplándola, como a la espera. Incapaz de aguantarle la mirada, Fedra le dio la espalda—. Tus manos están puras, no me cabe duda; es tu corazón el que está contaminado. Contradíceme si no digo algo bien, pero te ruego que no



Antía no abandonó los pies de la cama de su reina, a quien quería como a una hija.

me ocultes cosas en que quisiera ayudarte. ¿Ha cometido Teseo alguna falta contra ti?

—¡Jamás! —se revolvió la reina entre las sábanas—. ¡Que nunca me va haciéndole un mal!

—¿Te aflige un maleficio obra de algún enemigo tuyo?

Vio que Fedra quedaba en suspenso, tal vez pensando en la respuesta correcta a la pregunta. Parecía que quería confesar, pero que no hallaba las palabras. Finalmente, murmuró:

—Un amigo es el que me ha destruido, sin quererlo yo y sin quererlo él.

Rápidamente comprendió la nodriza que sus sospechas andaban bien encaminadas. No pudo dejar de acariciarle el cabello enrevesado.

—No padeces nada inexplicable, niña, sino algo doloroso y agradable al mismo tiempo de lo que solo experimentas ahora el lado del tormento. —Fedra se volvió hacia ella con los ojos humedecidos. Solo la vieja y sabia Antía, a quien tenía por su verdadera madre, era capaz de bucear de tal modo en sus adentros. La nodriza se acercó a su oído para decirle por lo bajo—: La cólera de una diosa se ha lanzado sobre ti.

La reina no fue capaz de seguir conteniéndose. Rompiendo en sollozos, se echó en sus brazos. Dulce y amargamente, como el mismo amor, se estrecharon, una a la otra, las dos mujeres. Sintiéndose protegida, Fedra balbució entre llantos:

—¡Odioso me resulta este día, odiosa la luz que contemplo! ¡No puedo soportarlo!

Fuertemente la apretaba Antía contra su pecho.

—No digas esas cosas, hija mía. Estás enamorada. ¿Qué hay de extraño en eso? —La separó de sí y, poniéndole las manos en las mejillas, atrajo su rostro frente al suyo—. ¿Quién es él?

Se miraban tan cerca, que cada una veía su propio reflejo en los ojos de la otra. Luego Fedra dio un suspiro y se acercó al oído de la nodriza, donde cuchicheó una sola palabra. Al oírlo, Antía sintió como si, súbitamente, su cuerpo se vaciara de sangre a través de una atroz herida en el pecho. Cuando la reina se apartó de su oído y vio el gesto descompuesto de la nodriza, se dio cuenta de que se había equivocado al confesar. Antía estaba horrorizada, quizá asqueada de ella. Fedra se desasió de su abrazo.

—Vete —dijo.

—Hija mía...

Fedra llevó la mano a la copa llena de agua que reposaba junto al lecho y se la tiró encima.

—¡Déjame o arrojaré mi cuerpo al abismo, me alejaré de la vida dándome muerte!

Con el alma en un puño, Antía se levantó al instante, en tanto que intentaba secarse el rostro. Volvía a hundirse la reina entre las sábanas cuando la nodriza salió del dormitorio y cerró las puertas con cuidado, contra las cuales, afuera, pegó la espalda y quedó en silencio, con la mirada perdida. Le arrasaba el pecho un padecimiento desconocido. Por primera vez en muchos años lloró como una niña.

◇◇◇

Las lágrimas bañaban el rostro de Antía con un rocío sin fin, como se fundían en las cumbres las nieves azotadas

por la tibia lluvia. Abrasada en una congoja silenciosa, se deslizaba con paso lánguido por los rincones más oscuros del palacio, sustrayéndose a las miradas, y apenas sostenía la cabeza sobre su cuello abatido. Su niña la odiaba y solamente quería morir.

La reina la había querido como a una madre y, por ella y luego por sus hijos, había rechazado aquel otro tipo de amor, el que por los ojos destilaba el deseo. No se lamentaba por ello, pues la vida junto a Fedra le había infundido igualmente un dulce placer en el alma. Sin embargo, ahora también a ella se le mostraba ese sentimiento acompañado de la desgracia.

No había esperanza alguna de poder calmar el mal tan grande que afligía a la reina y no tendrían final las llamas de su desvarío. Despreocupada por el alimento y la salud, la enfermedad haría estragos en sus miembros, la delicada elegancia de su cuerpo que la caracterizaba se vendría abajo hasta reducirla a un sarmiento. Sus ojos, que llevaban el brillo del fuego de su estirpe, se apagarían para siempre. Todo por amor. ¡Menudo beneficio para los enamorados si tenían que morir! Al destruir a aquella mujer, Afrodita destruía toda su casa.

¿Qué podía hacer ella, una pobre anciana? ¿Qué no debía hacer? Conocía la existencia de filtros para el amor, los cuales, sin causar infamia a la reina ni perjudicar su mente, calmarían su enfermedad. Se precisaba alguna prenda del amado, tomar algún mechón de su pelo, un fragmento de su vestido. ¿Las pócimas serían ungüentos o bebidas?

Se detuvo con las piernas temblorosas y cayó, buscando apoyo en la pared. Se había retirado hasta la esquina más

alejada, al final de una escalinata que descendía hacia la oscuridad del sótano. ¿Qué cosas terribles estaba pensando? ¿No merecía apagar también para siempre los pensamientos indignos de aquella cabezota suya? Lo que su niña necesitaba no era ninguna maravilla, sino a aquel hombre. Cuantos conocían verdaderamente a los dioses y estaban tocados por las musas, sabían que también ellos —Zeus el primero de todos— habían ardido en deseo y se habían unido en amores sin lugar a escrúpulo alguno. Y seguían habitando en los cielos y no trataban de huir unos de otros, sino que se resignaban también ellos al destino. ¿Por qué Fedra no habría de aceptar también el suyo, si la potencia divina más poderosa así se lo imponía?

Sí, sí y sí, se repitió con insistencia: Fedra debía tener el valor de amar porque así lo quería el destino. Nada podría oponer Teseo, pues se trataba de salvar su vida y eso no admitía reproche alguno. ¿Cuántos hombres, estando en su sano juicio, al ver su lecho mancillado, habían fingido no verlo? Cuando una divinidad sometía a los mortales, lo que no era honroso, lo más sensato que podían hacer era cerrar los ojos. Lo contrario era insolencia: querer ser superior a los dioses.

Había que revelar la verdad al hijo de la amazona lo antes posible, sin rodeos.

◇◇◇

Cuando la anciana Antía supo que Hipólito había regresado de la cacería y que se hallaba en sus aposentos, se echó a temblar. No era fácil atreverse a un crimen que desafiaba los mandatos más venerables de los humanos, aunque es-

tuviera auspiciado por los dioses. Fatigada por las horas de sufrimiento, se dijo que, para rescatar a su querida niña de la muerte, debía echar fuera de su alma toda dignidad.

Hecha un despojo, dirigió sus pasos de anciana al ala occidental del palacio y, escondida en las sombras del patio, esperó cerca de los portalones de sus estancias. No bien vio que salía en solitario, habiéndose limpiado el sudor y la suciedad del campo, fue a su encuentro con su caminar lento y torpe. Como el príncipe vio que venía hacia él con la frente turbada y aire de tristeza, se sintió preocupado.

—¿Han llegado noticias de mi padre? ¿Está a salvo?

—Nada sé de eso, lo lamento. Más bien es la preocupación por ti la que tiene angustiada a esta que te habla. Tú que tienes el vigor de la primera juventud y estás llamado a gobernar con la autoridad de tu casta, acepta la buena voluntad de tu servidora. Préstame oídos un momento, te lo ruego. Acompáñame.

Hipólito frunció el ceño, asombrado y lleno de curiosidad a la vez. De la mano de ella, salió al patio, donde vio que la vieja buscaba un lugar recoleto.

—Ya estamos libres de testigos. Habla —dijo secamente. Suspiró la nodriza. Su boca negaba el paso a las palabras que intentaba articular, como si una gran fuerza retuviera su voz en tanto que otra la impulsaba. El joven se mostró irritado—. ¿Es que tu espíritu no sabe expresar lo que desea decirme?

—Las preocupaciones ligeras suelen hablar, las excesivas quedan mudas.

—Confía a mis oídos tus preocupaciones.

Alzando la mirada, dijo la nodriza gravemente:

—A todos vosotros, dioses del cielo, os pongo por testigos de que esto que voy a hacer no lo quiero. —Volvió la mirada al muchacho, que la observaba cada vez más desasosegado por el misterio—. Un mal funesto aflige a Fedra, un mal que difícilmente encaja en su corazón inmaculado, pero que es cierto. Su pecho enloquecido lo abrasa la llama ardiente del amor. Con fiero furor corre por sus venas y destroza sus entrañas, como la llama que ágilmente consume las altas vigas de una casa. Pero no es su casto amor por Teseo lo que la hace enloquecer —sentía la boca espesa, pero ya no podía detenerse—: sino todo lo que de tu padre está en ti, junto a la fuerza de tu madre, de modo que en tu rostro heleno aparece también la determinación de las amazonas. Por ti yace postrada en el lecho, muriendo de amor, la descendiente más preclara de la casa real de Creta. A ti, por tanto, es a quien invoco: ten piedad de una enamorada.

Así habló la anciana nodriza Antía y después quedó en silencio y con gesto suplicante, las manos unidas, el cuerpo inclinado hacia él. Hipólito se había quedado lívido, con la mirada fija en el rostro de la anciana, aunque ella se daba cuenta de que no la miraba, sino de que se hallaba en un lugar lejano. Según su gesto fue volviendo al momento presente, se le fue crispando, fue cerrando los puños, apretando los labios. Tan pronto como sus ojos volvieron a centrarse en Antía, supo esta que, pretendiendo sanar la enfermedad de su pobre Fedra, la había perdido sin remedio.

Bramó Hipólito, hecho una bestia:

—¡Zeus omnipontente, soberano de la ciudadela celeste! ¿Por qué llevaste a la luz del sol para los hombres ese metal

de falsa ley que son las mujeres? Si deseabas sembrar la raza humana, podías haber puesto en manos de los hombres la simiente de los hijos a cambio de ofrendas en los templos. ¡Nunca me hartaré de odiar a las mujeres, pues en todas ellas Afrodita prefiere infundir la maldad! ¡Más malas son cuanto más listas! ¡Que nunca haya en mi casa una mujer más inteligente de lo que es preciso! La que es una nulidad, por su simpleza, es inofensiva, pero la que es lista, es malvada, y solamente trama proyectos perversos que sus sirvientas ejecutan.

Avanzó hacia la anciana, que retrocedió, espantada.

—Calla, hijo, te lo suplico; no vaya a oír alguien tus gritos. ¡No hundas a los tuyos!

En lugar de apaciguarse, el terror de la anciana excitó la furia del príncipe, que, echándose sobre ella, la agarró del cuello brutalmente.

—Has venido a proponerme relaciones en el inviolable lecho de mi padre. Solo por haberte oído, debo purificarme de esa impureza. ¿Qué sucedería si hablase yo con el rey de Atenas? ¿No has pensado en ello, urdidora de crímenes? Por las indecencias de ese ser impuro que es la mujer humean tantas ciudades, tantos reinos emprenden guerras, tantos pueblos se ven aplastados hasta los cimientos.

—No extiendas a todas el crimen de unas pocas. Mis palabras no eran un acuerdo común con la reina —dijo la vieja, entre jadeos lastimeros.

Echándola hacia atrás, la hizo caer al suelo.

—A todas os detesto, horror me producís, huyo de vosotras, os maldigo —le escupió—. Mi piedad te salva, mujer funesta.

Y sin decir nada más, se alejó de ella para reemprender su camino. Dolida en lo más hondo, apenas conteniendo el sollozo, Antía se limpió la desdeñosa saliva. Entonces, al volverse hacia él, que ya llegaba a la galería, advirtió que dos sirvientas que trasegaban telas y adornos apretaban a correr con gesto medroso para escapar de su mirada. ¿Cuánto habrían escuchado de lo que allí se había dicho? La nodriza creyó que su corazón se detenía.

5

La ruina de una casa

En el largo espacio de la noche estuvo la reina meditando cómo se destruía la vida de los mortales. Cansada de estar cansada y de dormitar durante todo el día, se había levantado de su lecho, enferma, en busca del aire puro y fresco del jardín y se arrastró hasta un banco. Allí sentada, vagaba con la vista por el manto titilante de las estrellas.

Los humanos no obraban de la peor manera por la disposición natural de su mente, cavilaba, pues muchos de ellos estaban dotados de cordura y, sin embargo, eran malvados o erraban. ¿Cuántos hombres sensatos había visto que, sabiendo y comprendiendo lo que está bien, no lo ponían en práctica por indolencia o por preferir lo que resultaba más placentero? ¡Qué idea tan tortuosa, el placer! Tanto significaba algo bueno como el azote de las casas y era imposible de distinguir uno del otro, pues, si su línea divisoria fuese clara, dos conceptos distintos no tendrían las mismas letras.

Ya no la consumía el amor por Hipólito, ya que sus momentos de lucidez le resultaban suficientes para intentar convencerse de que era una relación imposible. Sin embargo, como creía que ya había deshonrado a su esposo solo por pensar en hacerlo, lo que ahora la abatía era el temor de que un día fuera sorprendido su pensamiento y supieran de ello los hijos que dio a luz. ¡Ojalá pudieran ellos, libres para hablar con franqueza y en la flor de la edad, habitar la ilustre Atenas, gozando de buen nombre por causa de su madre! A los torcidos, el tiempo siempre los descubre. ¡Que no fuera Fedra vista entre ellos! Un terrible dolor le oprimió el pecho. ¿Cómo podían los hombres y las mujeres mirarse al rostro unos a los otros sin sentir un escalofrío ante la idea de que la cómplice oscuridad y las paredes de sus casas pudieran cobrar voz y hablar sobre las humillaciones, los engaños, los agravios, la injusticia?

Volvió a la cama al amanecer, donde el sueño la envolvió, dando efímero sosiego a su espíritu. Despertó bien entrada la mañana completamente sola, el palacio estaba en silencio. Deseaba que Antía regresase a su lado. Mirando a la puerta de continuo, esperaba que se abriese y que entrara la nodriza. Tan pronto como la viera asomar, se abrazaría a sus rodillas y le rogaría que la perdonase. A buen seguro que, lastimada por el trato injuriante que le había dado la que tenía por su querida niña, tampoco habría conocido el sueño en toda la noche, y, siempre fiel, no regresaba por respeto a su cruel mandato. ¿Cómo hacerla volver? Pensó en mandar a alguna sirviente a buscarla. Entonces cayó en la cuenta de que no solamente Antía había desaparecido, sino que ninguna sirvienta había comparecido desde que expulsara a la

nodriza. Nadie había acudido para traerle un caldo, para recomponer su lecho ni para comprobar su estado. Habían dejado de asistirla a pesar de hallarse enferma.

Temblaban sus pasos cuando salió del dormitorio. Caminaba con pie inseguro, abandonada ya por las fuerzas, avanzando por los corredores con aspecto macilento, como de moribunda. Al salir a los pasillos porticados que rodeaban un patio interior halló a la primera persona, una esclava, que, apenas reparó en ella, dio la vuelta y se alejó a toda prisa, volviéndose de tanto en cuanto con gesto de espanto. Insolente, no se dignó a detenerse a pesar de las voces de Fedra, que la llamaba a gritos, exigiéndole que fuera a ayudarla. Vio entonces que se abría una puerta por la que apareció una pareja de sirvientas, pero que, al oír sus gritos y verla, apresuraron el paso para alcanzar rápidamente la escalera a la que se dirigían, por la que volaron como acosadas por leones.

Así fue sucediendo a lo largo de su breve paseo. Ante su frágil caminar, todos, hombres y mujeres, mozos y sirvientas, libres y esclavos, huían sin reparo alguno, sin atender a su llamada, pareciendo que fuera su dolencia un tipo de peste que podía contagiarse a través de una simple mirada. Conforme ella los perseguía, implorante, se iba instalando en su pecho la sospecha más espantosa, le iba cubriendo los ojos la sombra del horror, se le helaban los miembros y se detenía la sangre en sus venas. ¿Cómo se atrevían a despreciar a una reina de tan ilustre linaje? Creyó que el corazón se le encogía hasta el tamaño de una nuez y que, finalmente, en un último impulso, desaparecía dejando un doloroso vacío en el lugar en el que siempre se había alojado.

¿Por qué no había seguido callando y sobrellevando su mal como fuera posible? ¿No sabía que la lengua es el peor enemigo de toda criatura con capacidad de habla, que es ágil criticando a los demás, pero a sí misma se gana las mayores desgracias? Había intentado soportar su condición con dignidad, venciéndola con la cordura, pero no había conseguido nada. ¿Qué salida le quedaba? Cualquiera que fuese la acción que emprendiera al final, no podía impedir que le ganara la peor fama para la eternidad, porque, siendo mujer, era la criatura a la que más fácilmente todos estaban dispuestos a escarnecer.

Fue entonces cuando llegó Antía. Apareció a su lado, porque la había seguido. Fedra se volvió hacia ella y le costó reconocerla: devastada por el llanto, los ojos negros y los labios trémulos, grandes mechones de su cabello blanco en las manos, arrancados del cráneo ensangrentado.

—¿Qué te he hecho? ¿Qué te he hecho? —murmuraba.

Desmadejada, Fedra no pudo contenerse más. Sus ojos se abrieron como si, en lugar de la nodriza, tuviera delante una visión sobrehumana, cósmica, trascendental, y lanzó un chillido que nacía de lo más hondo de sus entrañas, el del último ser humano que presenciase el instante postrero del universo. Después, salió huyendo sin dejar de gritar cual loca tempestad, más veloz que la llama que emprende la carrera cuando extiende su larga cabellera de fuego una estrella impulsada por los vientos.

◇◇◇

Durante largas horas la buscaron por todo el palacio, y, como no la hallaban por ningún lado, dio orden Piteo de enviar

patrullas por toda la ciudad. Corrían rumores contrapuestos: se decía que la habían visto salir de la ciudadela, al tiempo que otros la habían visto entrar. En el palacio todos aseguraban no haber oído grito alguno, no haber presenciado ninguna escena fuera de lo común, no saber nada. Nadie hablaba claramente. Sin embargo, la reina no estaba, se habían oído horrendos aullidos y habían encontrado a la vieja nodriza de la reina tendida a los pies del lecho de su querida niña, bañada en la sangre de las heridas que ella misma se causaba en la cabeza. Tuvieron que atarle las manos para que dejara de estirarse de los cabellos. Incluso ella permanecía hermética, incapaz de detener sus lamentos. Piteo estaba desconcertado. ¿Qué había sucedido?

El más intrigante comportamiento, a su parecer, era el del príncipe Hipólito. Al oír que la reina había sufrido alguna suerte de ataque y que había desaparecido, había estallado en gritos airados, infamantes contra las mujeres, que la guardia repitió ante el viejo rey trecenio no sin pudor por quien las decía y a quien las dirigía:

—¡Así mueran todas, que nunca dejan de hacer el mal! —aseguró un soldado que habían sido sus palabras—. ¡Que alguien les enseñe a ser sensatas o que se me permita seguir insultándolas siempre!

Tal diciendo, se había apresurado a las caballerizas, había montado sus yeguas en el carro con el que venciera en Atenas y, poniendo los animales al galope con una violencia desconocida —tal vez por razón de su género—, salió del palacio muy veloz y hecho una furia.

Todo el día pasó el rey Piteo deambulando con su bastón alrededor del trono, en el gran salón, a pesar del dolor

que notaba en los huesos, mientras esperaba noticias de las partidas de búsqueda. «Infortunado destino —insistía para sí, víctima de la desesperación—, ¿qué dios malvado has enviado para corromper el espíritu de personas tan decorosas?» Sufría por Teseo, pero todavía más por los niños, Acamante y Demofonte, a quienes tenía ocupados jugando con las sirvientas en la sala de los escudos, con las puertas atrancadas por fuera para que sus ojos no vieran y sus oídos no oyeran.

Las antorchas corrieron por los bosques de los alrededores hasta caer la noche. Entonces regresaron al palacio, exhaustos y desencantados, todos los hombres que había enviado el rey. Piteo dio orden que se les diera comida y bebida en abundancia en el gran salón para que se restituyeran y al día siguiente reemprendieran la tarea. Fue entonces, cuando estaban todos reunidos a la mesa, que se oyeron los gritos, tan desgarradores, tan intensos que se hubiera acusado de loco a quien los hubiera querido negar. Todos se alzaron de sus asientos, agitados, para ver que un guardia llegaba a la puerta a la carrera.

—¡La reina! —bramó.

Con torpeza, arrancó el paso el soberano de Trecén, seguido solo de sus más allegados, pues muy prudentemente decidieron los demás que debían esperar. El guardia, conturbado e incapaz de articular palabra, los condujo al gineceo, donde, nada más llegar, Piteo sintió latir el corazón en sus provectas sienes. Era Antía la que chillaba. Se hallaba tirada en el suelo a la entrada del dormitorio.

Temerosos de lo que hubiera dentro, todos quedaron inmóviles en el extremo del pasillo y solo Piteo, con el alma en un puño, continuó el decrépito arrastrar de sus pies hacia

la puerta. Ya lágrimas mudas y espesas caían por sus añosas mejillas conforme se acercaba, pues la brisa que venía del jardín, atravesando el dormitorio, le saturaba el olfato con el olor de la tragedia consumada. Al llegar al vano y llevar la vista adentro, sintió lo mismo que si una lanza le atravesara el vientre, las rodillas le flaquearon y tuvo que sujetarse al portalón. Los pies de Fedra, suspendidos, habían detenido su vaivén después de que, anudándose ella al cuello una sábana, se colgara de un travesaño del techo.

◇◇◇

La columna del ejército ateniense y sus aliados trecenios avanzaba lentamente por el camino fragoso, a través de un bosque de pinos, enfilando el último tramo del regreso. Trecén no se hallaba lejos. Ya las demás fuerzas amigas de la región habían vuelto a sus ciudades tras el reparto del botín, felices sus guerreros por la victoria, aunque agotados y dolidos por la pérdida de muchos amigos.

Al frente de la tropa montaba Teseo sobre su caballo junto al fiel Polipetes. El soberano de Atenas ardía en deseos de estrechar de nuevo en sus brazos a su joven esposa, de la que tan destempladamente había tenido que despedirse, y a sus hijos. Tenía la pretensión de compensarla por los sufrimientos que le había causado. Pensaba en ello cuando vio que se alzaba una nube de polvo sendero adelante y llegaba a sus oídos el fragor de un galope. No tardó en ver que venía un jinete a toda prisa, a quien, según se acercaba, se le distinguía más claramente como un trecenio. No bien hubo alcanzado la columna salieron a su paso jinetes atenienses y él, refrenando la excitada montura con dificultad ante ellos, bramó:

—¡Traigo un mensaje para el rey Teseo! ¡Solamente para él!

Ante su gesto de apremio, el monarca dio orden de que lo dejaran pasar de inmediato. El jinete llegó hasta el rey y, situándose a su lado con el caballo, se le acercó y murmuró a su oído. Advirtió Polipetes, inquieto, que su rostro se contraía en una mueca de aflicción, que fruncía el ceño, que perdía su color. Volviéndose hacia él, le dijo en voz queda:

—Ven conmigo. Solo tú.

Acompañados del mensajero, salieron juntos al galope camino abajo hacia la ciudad. Un murmullo de nerviosismo recorrió la columna de los guerreros que volvían con el triunfo en sacos a la espalda.

∞

Los pasos del soberano de Atenas resonaban, lentos, fatigados, en el gran salón mientras se acercaba al catafalco sobre el que reposaba el cadáver de su esposa, la joven reina, la bella hija de Minos de Creta, la hermana de Ariadna. Tanto debía el ateniense a las mujeres de aquella casa y tanta desdicha les había devuelto a cambio. Aunque habían limpiado la sangre del cuerpo y arreglado sus ropas y sus cabellos, el rey Piteo había pedido que dejaran intactas las heridas que le laceraban la carne, practicadas, según parecía, con la punta de una flecha que un agresor había esgrimido a modo de daga para rasgarle la túnica en la falda y el pecho, la misma flecha —probablemente— cuyas plumas todavía sobresalían entre los dedos del puño apretado y rígido de la difunta, aquellas plumas de los gansos de la granja real con las que emplumaba las flechas de caza el príncipe Hipólito en su taller.

A llegar frente a ella y contemplar las evidencias del desmán intolerable que la había llevado a preferir la muerte, Teseo se arrancó el casco, que llevaba ornado de hojas entretejidas a modo de corona, y lo lanzó al suelo, donde estalló con un fragor metálico. ¿Por qué portar aquella distinción real si no era más que un desventurado? No quería creerlo. Su propio hijo, con una acción infame que deshonraba la augusta mirada de Zeus, privaba de luz a su vida. ¿Por dónde escaparía el peso de su aflicción? La ruina de semejante existencia le parecía imposible de vivir.

Incapaz de seguir manteniendo sus ojos sobre el cuerpo muerto de la hermosa Fedra, que reclamaba justicia con los rastros del desdoro que había sufrido, le dio la espalda. ¿Dónde estaba aquella fingida majestad de varón, aquella gravedad de sentimientos, aquel rigor de costumbres propios de un viejo de los que tanto se envanecía el hijo de la amazona? Aquel mentiroso se había hecho pasar por veraz: con pudor había ocultado su impudicia, con serenidad su osadía, con piedad su perfidia. Aquel habitante de las selvas, el salvaje, el casto, el virginal, el ingenuo, violentando el lecho de su padre había revelado su verdadero ser.

Bien hacía en huir de su ira. Que corriese a la más apartada tierra en el confín del mundo, al último escondrijo, situado en la parte del universo antípoda a la de su padre; que se ocultase al otro lado del reino ignoto de los elevados hielos, por encima de los inviernos y de las canas nieves; que dejase atrás, enfurecidas, las rugientes regiones del océano. Fuere adonde fuese, pagaría el castigo debido a su crimen, porque allá donde no se podían lanzar dardos, allí lanzaría Teseo su maldición.

Alzó la mirada y los brazos y clamó a lo alto:

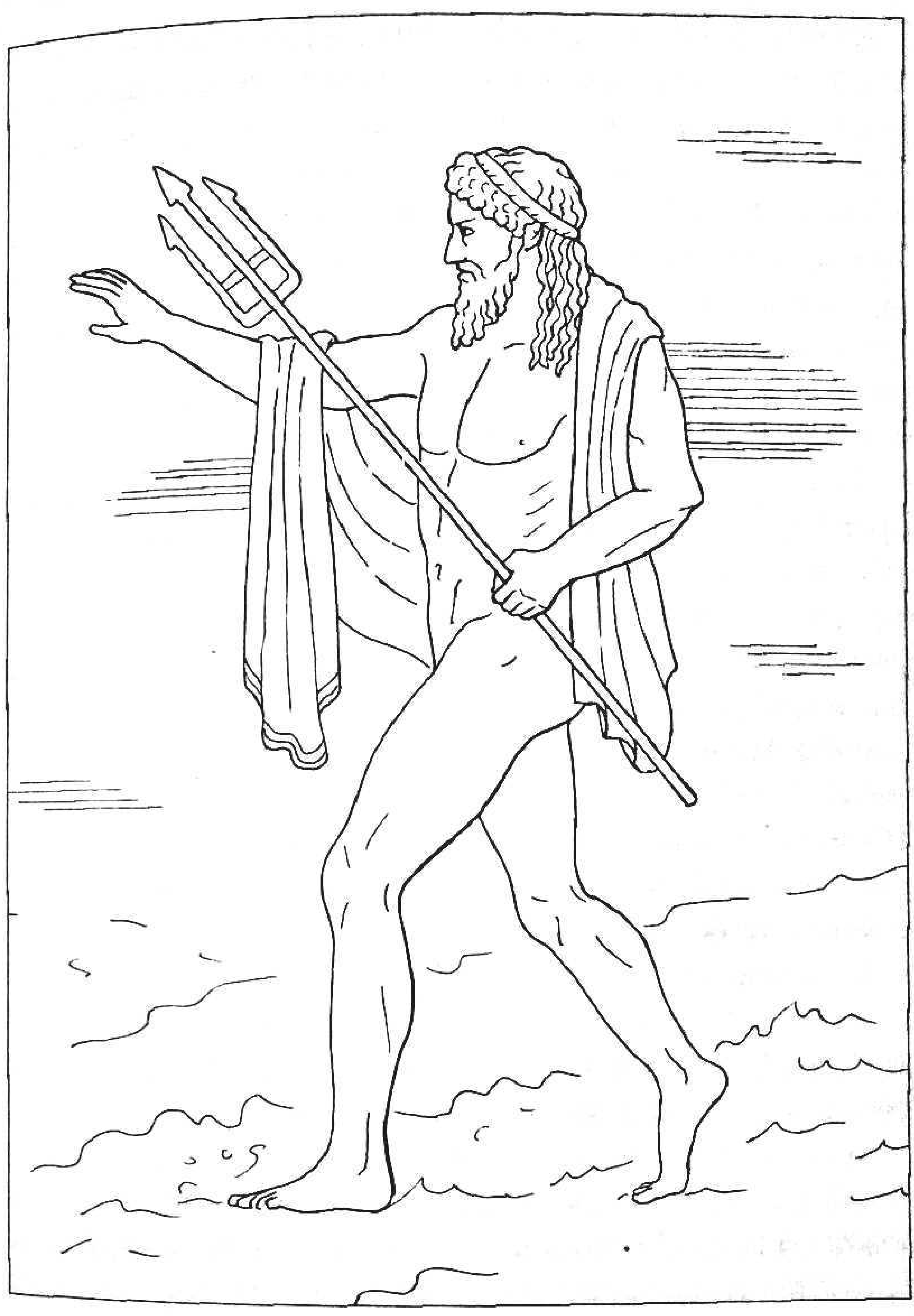
—Soberano del mar, de ti se ha dicho que eras mi padre celestial, que poseíste a Etra la misma noche que Egeo, mi padre mortal. No consumiría el don de tu poder divino si no me acosaran grandes males. Tu cólera invoco para que me hagas efectivo un funesto regalo. Cúbrenos de una noche de negros nubarrones empujados por los vientos, quita de nuestra vista el cielo y los astros, haz que desborden los mares y que se levanten olas desde lo más profundo. Que, arrasado por tu mano, Hipólito no vuelva a ver la claridad del día y vaya en su juventud a la morada de tu hermano Hades para purgar el dolor insoportable e indecible que ha causado en mi casa, que deja desierta y con mis hijos huérfanos. Hazle a tu hijo ese abominable favor.

Y al acabar su invocación, Teseo cayó de rodillas y su rostro se inundó de lágrimas.

◇◇◇

Tras haber pasado la noche en una apartada rada, al abrigo de las olas, Hipólito había dedicado el día al cuidado de sus caballos, cepillándolos con cardas la crin. Mientras no estuviera su padre, prefería mantenerse alejado de las traidoras que lo rodeaban. Se refrescó en las aguas y se tendió a la sombra de los pinos, hablando consigo mismo, abominando de las ciudades y los palacios y de la iniquidad que en ellos rebullía.

Más tarde, cuando la soledad y la compañía de los animales del bosque hubieron serenado su ánimo, sintió inquietud por la expedición a Palantio, de la que ya debería tenerse noticia, y decidió regresar para hablar con Piteo. Confiaba él en el seguro regreso de su padre y pensaba mantener la



Teseo clamó a Poseidón para que Hipólito no volviera a ver la claridad del día.

boca cerrada sobre lo sucedido para no causarle daño. Ahora bien, era su propósito observar atentamente de qué modo se conducían su esposa y su sirvienta y actuar, informando a Teseo, si de nuevo se excedían en su audacia.

Habiendo preparado de nuevo el carro para el trayecto, montó, cogió las riendas del parapeto y puso los animales en movimiento con un silbido, sin fustigarlos. Después de ascender por una vaguada hasta lo alto del acantilado, desplegó con paso acelerado una veloz carrera en dirección a la ciudad, feliz de sentirse azotado por el aire salino.

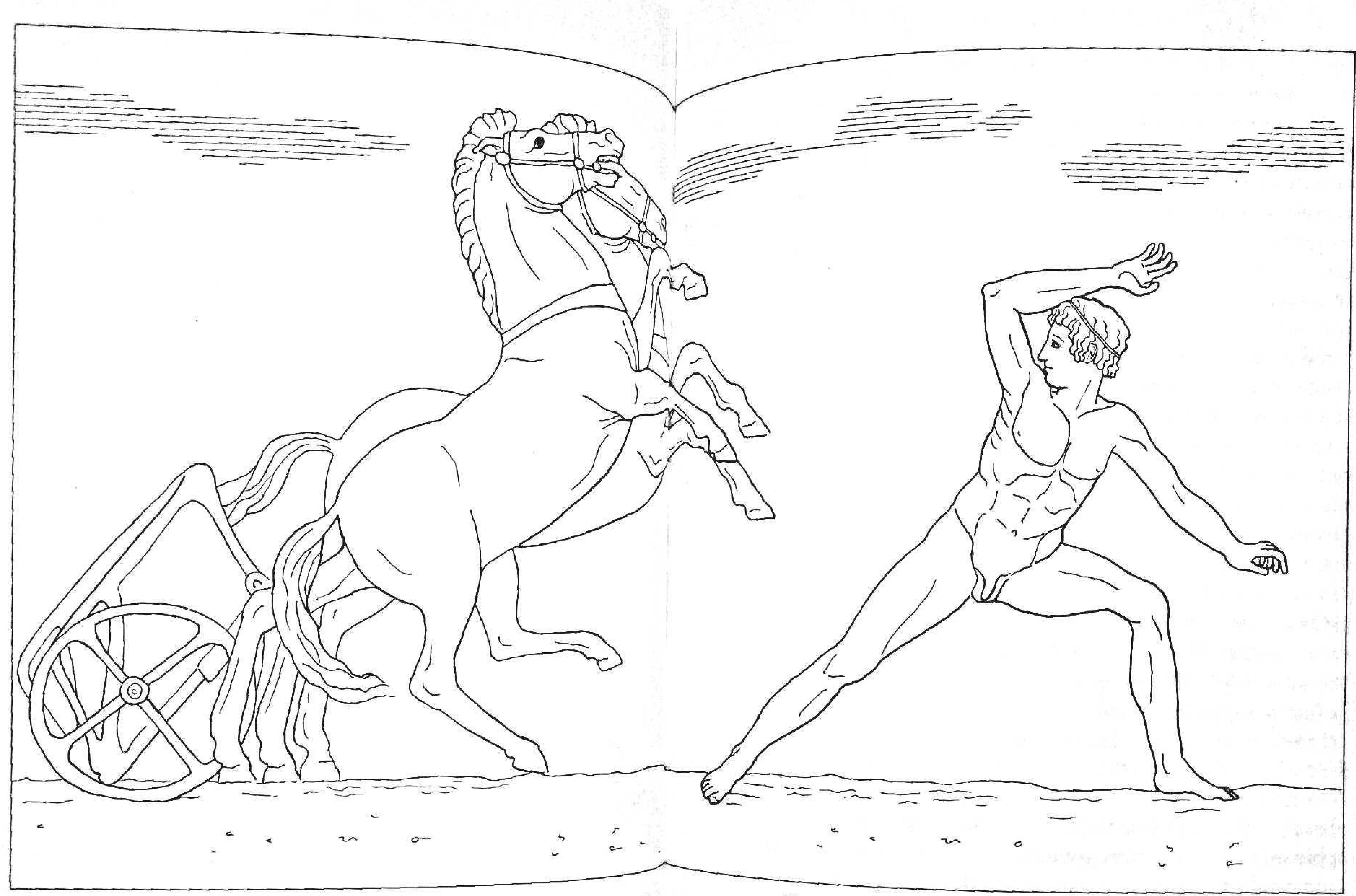
De pronto se alzó desde algún lugar profundo un bramido espantoso. Sin aflojar la marcha, Hipólito buscaba con la mirada de dónde procedía y también los caballos enderezaron las orejas con temor. No soplaba ningún viento sobre las aguas saladas; en el cielo, que estaba sereno, no se veían nubes que pudieran causar estruendo alguno. Sin embargo, al volver la mirada hacia el inmenso mar al fin descubrió el muchacho que el rumor venía de allí.

Tronaban las aguas desde el abismo y parecía que querían por fin alzarse de su cuenca, como si pretendieran ir en busca de las nubes. El mar entero enloquecía y por doquier todos los escollos respondían con rugidos. Hinchándose monstruosamente, formaba inmensas colinas, precipitándose contra la tierra. Al ver el príncipe que amenazaba con alcanzar la cima del despeñadero por el que él corría, sacudió las riendas para alejarse de la costa, azuzando a los animales con fiereza. Pero ya era demasiado tarde. Una ola gigante se levantaba hacia el cielo por encima del carro hasta ocultar la luz del sol. Lanzaba lluvia salada de su cima, semejante a una descomunal ballena que fuera por las honduras del océano.

Parecía que transportaba una carga pesada en su seno. Se estrelló contra la tierra despidiendo espuma a borbotones por el hervor del mar a la zaga del carro de Hipólito, que fustigaba salvajemente a los animales para huir de lo que le venía detrás. Y en el momento de romper con estruendo, la ola vomitó un monstruo inconcebible, un toro del tamaño de un titán, formado como de agua y de sal y de duro coral.

Verdeaban el pecho y las papadas con un musgo pegajoso, sus grandes costados estaban esparcidos de algas rojizas. Levantando en el aire su cuello azulado, erguía un alto penacho en su verdosa frente, bajo el cual refulgían sus órbitas con el fuego de las simas insondables que se abrían en los confines oceánicos. Luego, tras el espaldar, terminaba su figura en forma atroz, con una descomunal cola llena de escamas. Levantó su exuberante morro en virtud de unas espaldas con músculos como cordilleras y, abriendo sus anchas narices en un temible resoplido, bramó llenando la tierra con un mugido al que respondió un eco venido del otro extremo del mundo.

De repente, un miedo terrible se abatió sobre los caballos, que arrastraron el carro saliéndose del camino. Trató de animarlos Hipólito con sus gritos, que les eran conocidos, pero el pavor conducía delirantes a las bestias, que se lanzaban entre los troncos y las piedras. Como veía que no le obedecían, el príncipe agarró las riendas con ambas manos y tiró de ellas como un marinero que tirase de la empuñadura del remo, echando todo el peso de su cuerpo hacia atrás. Pero las yeguas respondieron muy al contrario: mordiendo el freno forjado con las quijadas, se lanzaron aún con más ímpetu adelante, sin preocuparse de la mano del auriga, ni de las riendas ni del carro bien ajustado. Haciendo estallar las ruedas contra unas



El miedo se abatió sobre los caballos, que condujeron el carro presas del pánico.

rocas, volcaron el carro, y en un suspiro estaban los cubos de las ruedas y los pernos de los ejes volando hacia arriba.

Al caer de cabeza y acabar tendido de bruces, Hipólito quedó enredado entre las riendas. Sin poder evitarlo se vio arrastrado por sus propias yeguas, que, fuera de sí, querían escapar al yugo. Como pesaba poco el carro, destrozado y sin gobierno, siguieron corriendo por donde el terror las iba impulsando. Les chillaba su amo que se detuvieran e intentaba silbarles, pero cuanto más luchaba por soltarse, más apretaba los nudos corredizos y las encabritaba. Se estrelló su cabeza rebotando contra las piedras, los espinos le arrancaron los cabellos y el duro suelo hizo estragos en sus miembros y en su decidido rostro. Dejando un rastro de sangre en los campos, pereció su infausta hermosura hasta que, por fin, mientras su cadáver era revolcado por el polvo, un tronco lo retuvo. Como habían quedado maltrechas las riendas por los matorrales y las erizadas zarzas con sus punzantes espinos, el golpe las acabó de romper y solo entonces, al sentirse libres, se detuvieron los caballos. El monstruo perseguidor había desaparecido. Abajo en el mar volvían a estar plácidas las aguas. Trotando errantes se perdieron las yeguas por los campos.

∞

Cuando en el templo trecenio en honor a Ártemis todavía humeaba la pira funeraria del príncipe de la ciudad, Teseo abrazó a su abuelo Piteo, ambos desolados. El rey ateniense subió en su nave, en cuya popa habían embarcado el cuerpo amortajado de Fedra. Junto al cadáver de su madre, Acamante y Demofonte —cubiertos los rostros de lágrimas— se

abrazaban a las piernas de la vieja Antía. El sol estaba en lo más alto. Antes de dar la orden de zarpar, Teseo alzó la mirada al cielo despejado, protegiéndose los ojos, pero en lugar del sol, fue una sombra lo que vio el monarca.

Ante él, suspendida en el aire, aparecía la divina cazadora, la diosa virgen, con el aspecto de una amazona: la túnica corta, el largo cabello recogido en un rodete y las flechas al hombro. La mano izquierda sujetaba el arco. Todos quienes estaban a bordo quedaron atónitos al ver que la indómita Ártemis se acercaba lentamente a Teseo, en quien mantenía clavada una mirada torva.

—Te ordeno que me escuches, infeliz. ¿Cómo no ocultas bajo las profundidades de la tierra tu cuerpo cubierto de vergüenza para huir de esta desgracia? No hay ya lugar posible para tu vida entre la gente de bien porque has matado impíamente y también a mí me has causado dolor, porque tu víctima no solo era tu propio hijo sino el hombre al que, de todos los mortales, profesaba yo más afecto. Los dioses no se alegran de la muerte de los piadosos y a los malvados los arrasamos con todo lo que les es caro. —Extrajo una flecha del carcaj y montó el arco. Teseo quedó sin aliento al instante: había llegado su final y lo había hecho de un modo ignominioso. Sin embargo, la diosa no le disparó todavía, sino que volvió a hacer tronar su voz—: Ahora bien, el desconocimiento es la excusa de tu culpa. Condujeron a tu error palabras engañosas que salieron de otra boca y fueron dichas a otros oídos.

Apuntó con el arco hacia otro lado y, silbante, la flecha partió certera. Al ver llegar el proyectil, demasiado veloz para sustraerse a él, Antía se cubrió la cara con ambas manos. La fuerza del impacto hizo que cayera hacia atrás por la borda

y un instante después el sonido del golpear en las aguas señaló el inicio de su camino al inframundo. Allí se reuniría con los desventurados que ya habían partido, convertidos en sombras: Fedra, reina de Atenas, hija de Minos, hermana de Ariadna, y el vástago de la amazona Antíope, aquel al que su madre, en recuerdo de su querida hermana, había llamado Hipólito.

Concluía así la tragedia provocada por el vaticinio que había prescrito la fatalidad en el primer mes del año, hecatombeón, durante el transcurso de las Grandes Panateneas.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Si Fedra es una de las grandes figuras trágicas que ha dado la mitología griega es gracias al genio de poetas como Eurípides, que supieron unir el ciclo relacionado con el héroe ateniense Teseo con un viejo culto que los habitantes de Trecén profesaban al auriga Hipólito.

En su *Descripción de Grecia*, el viajero y geógrafo Pausanias (siglo II d.C.) refiere una curiosa costumbre que tenían los habitantes de Trecén, una ciudad peloponesia situada al norte del golfo Argólico: «Cada muchacha se corta un mechón de pelo antes de la boda, y una vez cortado lo lleva al templo y lo ofrenda». El templo en cuestión era el de Hipólito, lugar donde se le rendía culto con sacrificios anuales y un sacerdote «que ejerce su función durante toda su vida». Igualmente, la tumba del héroe estaba situada en los alrededores, lo mismo que la de su madrastra Fedra, quien acostumbraba a ir hasta Trecén para ver a Hipólito ejercitarse en el estadio desde la atalaya del templo de Afrodita Catascopia, esto es, la «Vigilante». Mas Pausanias no deja de señalar un detalle: que los trecenios «no quieren admitir que [Hipólito] murió arrastrado por los caballos ni muestran, aunque la conocen, su tumba». ¿Por qué? Por la sencilla razón de que para ellos Hipólito era un dios o un héroe que nada tenía que ver con el ateniense Teseo, sino con el culto a Poseidón; no en balde su nombre se relaciona con uno

de los animales asociados al señor de los mares, el caballo (en griego antiguo, *híppos* significa «caballo»).

Todo parece indicar, pues, que el amor de Fedra, así como el vínculo paterno-filial con Teseo, nacido precisamente en Trecén e hijo de Poseidón y no de Egeo, surgieron no antes del siglo V a.C., esto es, mucho después de que Hipólito recibiera culto en esta localidad. La ausencia de representaciones plásticas y recreaciones literarias de esta historia con anterioridad a esa fecha viene a corroborarlo. La excepción, siempre que no se trate de una interpolación tardía, como sostiene buena parte de la crítica actual, podría ser una alusión a la hija de Minos y Pasífae en la *Odisea* de Homero (siglo VIII a.C.): «Fedra y Procris vinieron después de la bella Ariadna, la nacida de Minos cruel, la que quiso Teseo desde Creta llevar al collado de Atenas sagrada, mas en vano».

DE EGIPTO A GRECIA

El de la esposa que intenta seducir a un joven y que, desdeñada, se venga acusándolo de haber intentado contra ella aquello que ella misma anhelaba es un motivo que cuenta con una amplia tradición dentro y fuera de Grecia. El ejemplo más antiguo posiblemente sea el *Cuento de los dos hermanos*, escrito en el Egipto del siglo XIII a.C. y protagonizado por dos hermanos, Anpu y Bata, que discuten después de que la esposa del primero acuse al segundo de haberla acosado con pretensiones impúdicas, cuando en realidad fue ella la que quiso obtener los favores de su cuñado. En este caso, Anpu acaba matando a su mujer después de reconciliarse con Bata.

Más difusión ha alcanzado el episodio del esclavo hebreo José y la esposa del egipcio Putifar, narrado en el libro bíblico del Génesis.

Según se lee aquí, la mujer no paraba de acosar al joven. «Acuéstate conmigo», le decía una y otra vez, a lo que él, por castidad y por respeto hacia quien era su dueño, siempre se negaba. Y así fue hasta que un día, llevada por la pasión, ella arrancó a José el manto con el que se cubría y, despechada, usó la prenda como prueba para denunciarlo ante su esposo: «El hebreo que tú nos has traído se me acercó para abusar de mí, pero al ver que yo me puse a gritar, dejó su manto junto a mí y huyó», le dijo. José acabó en prisión.

En la misma Grecia, el motivo de la seducción del héroe por una mujer casada tiene una amplia tradición más allá de Fedra e Hipólito. Así pues, se encuentra en el ciclo de Peleo, quien llega a Yolcos para ser acosado por la esposa del rey Acasto, Astidamía. Lo mismo le sucede a Belerofonte con Antea, la mujer del rey de Tirinto, Preto. En todo caso, la del hijo de Teseo presenta una particularidad que la distingue del resto: Fedra no ama a un héroe llegado de lejos, sino al hijo de su esposo, lo que convierte su amor en doblemente prohibido, pues de materializarse sumaría al adulterio el incesto. Cambia también el desenlace, pues tanto la acusadora como el acusado mueren.

UNA FEDRA IMPÚDICA

Ese amor de Fedra por Hipólito seguramente sea una invención de los poetas del siglo V a.C., quienes de ese modo lograron vincular el culto al héroe de Trecén con el mito de Teseo. Un autor brilla aquí con luz propia: el trágico Eurípides (484-406 a.C.), al que se deben dos tragedias sobre el tema, la perdida *Hipólito velado* e *Hipólito coronado*, que sí se ha conservado y es hoy conocida simplemente como *Hipólito*. La primera debió de provocar indignación y desazón entre el público por la descarada impudicia de que hace gala Fedra, una mujer casa-

La vuelta a la vida de Hipólito

Para los trecenios, tras su muerte Hipólito fue elevado por los dioses a la constelación del Auriga. Es uno de los varios finales que se dan a la historia del héroe, aunque este en concreto tuviera poca aceptación entre el resto de griegos. Así, para el astrónomo Eratóstenes (276-194 a.C.) quien se halla representado en esa constelación es en realidad el rey ateniense Erictonio, pues fue el primer mortal que unció un tronco de caballos. Mucha más difusión tuvo la leyenda de la resurrección de Hipólito por Asclepio, el hijo de Apolo diestro en las artes curativas, quien por esta y otras acciones similares que alteraban el correcto orden de la naturaleza se ganó ser fulminado por el rayo de Zeus. Según una tradición romana de la que se hizo eco Pausanias, Hipólito, «cuando vivió de nuevo, no quiso perdonar a su padre y, despreciando sus súplicas, se marchó a Italia junto a los de Aricia, fue rey allí y ofrendó un recinto sagrado a Ártemis donde hasta mi época el premio para el vencedor en combate singular era también el sacerdocio a la diosa. Al sacerdocio no podía concurrir ningún hombre libre, sino los esclavos que habían escapado de sus señores». En ese santuario, levantado al borde del lago de Nemi, en el Lacio, Hipólito se identificó con el dios Virbio, nombre que significa «dos veces hombre». El poeta Virgilio, sin embargo, da en su poema épico la *Eneida* una versión algo diferente: el héroe revivido habría contraído en Italia matrimonio con la ninfa Aricia, fruto del cual habría nacido Virbio.

da que no tiene miedo a declarar abiertamente su amor al joven, sin importarle ni su propio honor ni el de su esposo, ausente en Tesalia. Para la mentalidad de la época, esa Fedra era poco menos que una prostituta, y así la calificó el comediógrafo Aristófanes (444-385 a.C.) en *Las ranas*, haciéndose eco del escándalo levantado por la tragedia.

La puntilla a esta se la dio Sófocles (496-406 a.C.) con su propia *Fedra*, también perdida, pero que según los testimonios conservados era un modelo de equilibrio. En ella, la reina no era sino una víctima del poder absoluto e irresistible de Afrodita y su hijo Eros, idea que Eurípides tomó en su segunda aproximación al tema. La acción gira en esa nueva obra en torno al conflicto entre dos seres que encarnan principios opuestos y llevados a su extremo: Fedra y su pasión amorosa, Hipólito y un deseo de castidad y virtud que lo conduce a la misoginia. Todo lo que resultaba escabroso en *Hipólito velado* desaparece una vez Fedra es la primera que lucha contra los sentimientos que la embargan. Más aun, ni siquiera es ella la que abre su corazón a Hipólito, sino la nodriza. Al final, la reina acaba quitándose la vida para salvar su honor: «El volver a estar cuerda produce dolor; la locura es terrible; el remedio mejor es sufrir la muerte inconsciente», dice. No marcha, sin embargo, sola a ese fin, pues junto a su cuerpo deja la denuncia que provocará la condena de Hipólito.

ENTRE EL AMOR Y LA MORAL

En Eurípides, el protagonista es todavía Hipólito, de ahí que en la escena final de la tragedia vuelva, con un hálito de vida, a aparecer para reconciliarse con su padre. En posteriores obras ese protagonismo se desplaza hacia la figura de Fedra, mucho más humana con sus luces y sus sombras que su virtuoso hijastro. Ese desplazamiento se

aprecia ya en la tragedia *Fedra* del romano Séneca (4 a.C.-65 d.C.). En ella, Teseo se halla en el Hades, al que ha acompañado a su amigo Pirítoo para secuestrar a Perséfone. Dado que es posible que nunca regrese de ahí y que, por tanto, pueda considerársele muerto, no hay adulterio ni incesto en el amor de Fedra. Ese convencimiento es lo que lleva a esta a declarar sus sentimientos a su hijastro, pero también lo que la enfrenta en su fuero interno a la obligación, dictada por la razón, de ceder a la moral pública. Esa lucha la gana al final la pasión, pues por algo ella es hija de Pasífae, la que se prendó de un toro y dio a luz al Minotauro. Hipólito, sin embargo, rechaza con violencia a la enamorada Fedra, quien, influida por la nodriza («un crimen hay que velarlo con un crimen», le aconseja), lo acaba denunciando ante un Teseo devuelto al mundo de los vivos.

La tragedia de Séneca bebe de los dos *Hipólito* de Eurípides, pero también de la aportación del poeta Ovidio (43 a.C.-17 d.C.). En su *Heroides*, una colección de cartas que las heroínas de la mitología dirigen a sus ingratos amados, Fedra se declara a su hijastro, tan perfecto y tan puro: «¡Oh! ¿Dónde están mi orgullo y las palabras altaneras? Han muerto. Yo estaba segura de poder luchar mucho tiempo y de no ceder al adulterio… —como si el amor tuviera algo seguro—. Ahora derrotada te suplico y tiendo hacia tus rodillas mis brazos de reina, el que ama no sabe lo que es la vergüenza. He perdido el pudor: ha desertado, abandonando sus estandartes», suplica Fedra.

En otra obra ovidiana, el poema *Metamorfosis*, la historia es evocada desde la perspectiva de Hipólito, «víctima de la credulidad de su padre y la perfidia de su criminal madrastra». Los versos se recrean especialmente en la muerte del héroe, narrada en primera persona: «Salgo despedido del carro y, sujetos mis brazos por las correas, hubieras visto cómo mis entrañas eran arrastradas vivas, cómo mis músculos quedaban prendidos en el tronco, cómo mis

miembros eran unos remolcados, otros quedaban atrás enganchados, cómo mis huesos al romperse emitían un sordo chasquido, y cómo exhalé mi alma cansada y en mi cuerpo no quedaba nada reconocible». El arte de Asclepio, el hijo de Apolo, le devolvió la vida, tras lo cual Ártemis lo llevó a su santuario en Italia para que fuera adorado como un dios menor adscrito a ella.

HIPÓLITO ENAMORADO

Los autores posteriores no se han sentido menos atraídos por esta historia, y en particular por el carácter de la hija de Minos y Pasífae. En la tragedia *Fedra*, del francés Jean Racine (1639-1699), es la mujer poseída por una pasión que la conduce a los abismos de la enajenación, pero al mismo tiempo lo suficientemente lúcida como para comprender la monstruosidad de su comportamiento. Como apunta el propio dramaturgo en el prefacio a su obra, «no es del todo culpable, ni inocente del todo». Frente a ella se sitúa un Hipólito al que el dramaturgo se esfuerza en humanizar haciendo que ceda en su patológico odio hacia las mujeres para mostrarlo enamorado de la joven Aricia, amor que permite también la introducción de un sentimiento nuevo en el mito: los celos de Fedra. «¡Yo celosa! […] Cada palabra mía me eriza los cabellos. Ahora ya mis crímenes colman la medida. Todo en mí es, a la vez, incesto e impostura. Mis manos homicidas, dispuestas a vengarme, ansían empaparse de la sangre inocente», exclama la reina presa de furor.

Tomando a Eurípides, y a Racine, como punto de partida, el español Miguel de Unamuno (1864-1936) escribió en 1910 su propia *Fedra*. Se trata de una obra innovadora, no tanto por llevar el mito a la actualidad como por ser capaz de mostrar la pasión con toda

su crudeza a través de unos diálogos tan vivos como sobrios, y sin lo que el autor llamaba «perifollos de la ornamentación escénica» (decorados, vestuario, efectos...).

La actualidad deja paso a un plano ambiguamente intemporal en el monólogo dramático *Fedra*, del griego Yannis Ritsos (1909-1990). La protagonista se confiesa aquí ante su hijastro una tarde en que este acaba de llegar de una de sus cacerías. Ella es la mujer insatisfecha, obligada a llevar una máscara que esconde al resto sus sentimientos más íntimos. Y, como ella, también los demás llevan la suya, empezando por Hipólito y lo que él llama su pureza y santidad. Fedra rompe esa máscara, aun a sabiendas de que el precio es la muerte, y no solo la suya: «Vete —le dice al impávido hijo de Teseo tras haberle confesado el deseo que siente hacia él—. ¿Qué haces ahí parado? Vete al baño a quitarte de encima estas palabras impuras, mis ojos impuros, mis ojos enrojecidos, turbios. Quizá allí dentro te quites por un instante esa máscara, esa armadura tuya de vidrio, esa gélida santidad, tu criminal cobardía. Te digo que marches. No soporto el insulto de tu silencio. La venganza la tengo ya preparada. Ya lo verás. Lástima que no podrás recordarla por demasiado tiempo».

EL SÍMBOLO DE LA RESURRECCIÓN

Más que en el arte griego antiguo, la historia de Fedra e Hipólito halló eco en Roma, hasta el punto de convertirse en uno de los motivos predilectos para la decoración de sarcófagos en los siglos II y III d. C. La razón no es otra que la vuelta a la vida del hijo de Teseo gracias a las artes de Asclepio.

El mito está también presente en la pintura, como en un fresco del siglo I d. C. hallado en Pompeya en el que se ve a Fedra entre-



Por su relación con la resurrección, la historia de Hipólito fue un motivo muy popular en Roma a la hora de decorar sarcófagos, como este datado en el siglo II d. C. (Camposanto de Pisa). La escena muestra al héroe camino del exilio, una vez su madrastra lo ha acusado ante Teseo de haber querido forzarla, y capta justo el instante previo a su muerte, cuando el caballo que monta se encabrita ante la aparición del monstruo marino de Poseidón.

gando a su nodriza y confidente la carta que llevará a la muerte a su hijastro. En otro de la misma época y procedencia, la reina se declara a un Hipólito que acaba de regresar de una cacería.

En época moderna, y pese al prestigio de la tragedia de Racine, la repercusión de esta historia de amor ha sido más bien escasa, y ello a pesar de que presenta escenas de gran fuerza dramática. Es el caso de la muerte de Hipólito tras ser derribado del carro que conducía. El italiano Giovan Battista Airaghi (1803-1855) y el holandés Lawrence Alma-Tadema (1836-1912) se acercaron a él desde una línea academicista en pintura, mientras que el francés Jean-Baptiste Lemoyne (1704-1778) lo hizo en una escultura que, a través de la

violenta contorsión a que somete el cuerpo, acierta a plasmar el fin de Hipólito de un modo efectivo. Otro neoclásico francés, Pierre-Narcisse Guérin (1774-1833), pintó la escena en que Fedra denuncia a su hijastro ante un Teseo cuyo rostro refleja la cólera que le embarga. De pie ante su padre y su madrastra como si se hallara ante un tribunal, Hipólito se muestra sereno y firme, extendiendo un brazo como si quisiera rechazar así las acusaciones que se vierten sobre él.

No obstante, la obra más sugerente sobre el tema es la *Fedra* del francés Alexandre Cabanel (1823-1889), quien pinta a la reina pos-





Arriba, Fedra *(Museo Fabre de Montpellier), de Cabanel, en la que el estilo academicista de la composición se ve animado por el refinamiento y detallismo con que están tratados los muebles y las telas, la sensualidad que desprende la figura de la protagonista y el exotismo algo decadente que impregna el conjunto. Abajo, esbozo de Guérin para su* Fedra e Hipólito *(Museo del Louvre de París), en la que el hijo de Teseo, ataviado como si fuera la versión masculina de Ártemis, rechaza ante su padre las acusaciones de su madrastra.*

trada en el lecho, ajena a todo lo que no sean sus pensamientos, ensimismada y vulnerable, sin que sus sirvientas sepan qué hacer para devolverla a la vida.

TRAGEDIA CON FINAL FELIZ

En música, el mito ha gozado de especial fortuna. En 1733, Jean-Philippe Rameau (1683-1764) dio a conocer en París su *Hipólito y Aricia*, una tragedia lírica que desbordaba las convenciones del género por su complejidad musical y, sobre todo, por la intensidad con que se mostraban las pasiones de los personajes. Una prueba de ello es el lamento de Fedra «Cruelle mère des amours», sin duda, la página más hermosa de una obra que, en lo que se refiere al argumento, acaba felizmente con la salvación de Hipólito por Diana (la Ártemis romana).

De gran interés es la *Fedra* que Ildebrando Pizzetti (1880-1968) estrenó en Milán en 1915. El libreto de Gabriele D'Annunzio (1863-1938) rompe con la corriente realista de la ópera de su tiempo para hacer una relectura del mito en la que su protagonista aparece poco menos que como una mujer fatal. Ese carácter está presente también en la *Fedra* del alemán Hans Werner Henze (1926-2012), donde la sombra de la reina, azuzada por Afrodita, persigue a Hipólito para devolverlo al Hades del que Ártemis lo ha rescatado. Un elemento original del libreto es la aparición del Minotauro, el hermano de Fedra, al que Poseidón revive para que dé muerte al hijo de su asesino, Teseo. Otros títulos, como el ballet *Fedra* del francés Georges Auric (1899-1983) y una cantata del mismo título del británico Benjamin Britten (1913-1976), no hacen sino confirmar la perenne vigencia de este mito.

ÍNDICE